COLECCIÓN
♦ CAMINANTE ♦
FERNANDO DEL PASO

Crónicas y cuentos

Laura Méndez de Cuenca

Universidad de Guadalajara
PIENSA Y TRABAJA

letras para volar
Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Crónicas y cuentos

Laura Méndez de Cuenca

COLECCIÓN
♦CAMINANTE♦
FERNANDO DEL PASO

Crónicas y cuentos

Laura Méndez de Cuenca

Universidad de Guadalajara

letras para volar

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria

letras para volar
Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2016

Director de la colección
Fernando del Paso

Coordinador de la colección
Ángel Ortuño

Autor
Laura Méndez de Cuenca

D.R. © 2016, Universidad de Guadalajara

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Abril de 2016

ISBN 978-607-742-486-4

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura "Letras para volar".

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General
Universidad de Guadalajara

Índice

9 **Presentación**

15 **Las tiendas al menudeo**

21 **El balcón y las ventanas**

26 **El París de los sueños**

32 **Londres a vista de pájaro**

39 **La torre de Londres**

49 **El decantado feminismo**

56 **La patria formada de juguetes y la patria de juguete**

61 **La patria de juguete y la patria hecha con juguetes**

68 **San Nicolás y Santa Claus**
68 Aguinaldo

74 ¿Quién era don Gumersindo Morlote?
74 Cuando México era un caos.
Recuerdos de antaño

79 Richard Bukowsky

87 La verdad sobre el balneario Karlsbad
87 I. Karlsbad poético
95 III. Karlsbad económico
100 IV. Karlsbad social"
104 V. Karlsbad administrativo

118 Falacias de la higiene

123 La neurastenia

Presentación

ÁNGEL ORTUÑO

La vida de Laura Méndez de Cuenca (1853-1928) abarca desde el último gobierno de Antonio López de Santa Anna, la Guerra de Reforma y la Intervención, el Imperio de Maximiliano, la República Restaurada y el Porfiriato hasta los gobiernos de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

Nacida el 18 de agosto de 1853, en la Hacienda de Tamariz, se crió en este ambiente de aristocracia rural en el Estado de México, hasta 1860 cuando —en plena Guerra de Reforma— su familia se trasladó a México, donde los sorprendió la intervención francesa de 1862.

En 1870, a sus 17 años, entusiasta del movimiento republicano y de restauración participó en las sesiones de la Sociedad Netzahualcóyotl, al lado de escritores como Manuel Acuña (poeta mexicano que seguramente les resultará conocido por su "Nocturno a Rosario") o Ignacio Ramírez (llamado también "El Nigromante").

Casada con Agustín Cuenca en 1877, se dedica principalmente al hogar. Tuvo siete hijos de los que sólo sobrevivieron dos: Alicia (nacida en 1878) y Horacio (nacido en 1880). Además de las tareas de crianza de sus hijos, trabaja como profesora en una escuela de párvulos y continúa, discretamente, publicando algunos textos.

Así se expresó de ella Juan de Dios Peza, uno de los más representativos autores del romanticismo mexicano: "Laura Méndez de Cuenca, instruida, elocuente y con una inteligencia nada vulgar, ha escudado con el anónimo sus más bellas producciones… Es si no la mejor, una de las mejores poetisas de México".

Su poesía fue antologada en numerosas ocasiones. Algunos ejemplos son *México poético* (de Adalberto Esteva, en 1876), *Poesías líricas mejicanas…* (de Enrique Olavarría, en 1878, primera antología de poetas mexicanos publicada en España) y en *La lira mexicana* (compilada en 1879 por Juan de Dios Peza).

A los 31 años de edad enviuda y le es preciso buscar medios de subsistencia para ella y sus dos hijos. Trabajó, así, en la enseñanza y colaboró en la redacción de algunos diarios, entre los escasos espacios laborales abiertos a las mujeres en el México de aquella época.

En 1885 obtuvo su título como profesora de educación primaria. En ese año funda y dirige (hasta 1891) la Escuela Infantil de la Ciudad de México, de acuerdo con el sistema pedagógico Froebel (en honor al pedagogo alemán del mismo apellido, conocido también como "el pedagogo del romanticismo" y cuya doctrina se centraba en el respeto a la dignidad del discípulo).

En 1889 asume la dirección de la sección literaria del periódico *El Mundo*. Por ello es criticada, al juzgar algunos que esa tarea la haría descuidar sus responsabilidades como docente. Ante la crítica firmada por un tal

Jesús Corral, responde en carta pública: "Yo, como todas las profesoras que sirven al municipio, no pudiendo con el corto sueldo de la escuela sostener las necesidades de mi familia, me veo en el caso de procurarme por otro género de trabajo recursos suficientes para la vida".

Un año después deja la redacción del periódico y a partir de 1891 vive fuera de México. Primero, en los Estados Unidos, y luego, como comisionada del Ministerio de Instrucción Pública, en Europa. A partir de 1903, radica en los Estados Unidos, como representante del gobierno mexicano, para estudiar los sistemas de educación elemental en Illinois. Regresa a México en 1904 y permanece hasta 1905, para luego salir con destino a Europa y volver en vísperas de la Revolución, en 1910.

A pesar de lo que pudiera parecer por los cargos citados, su vida no fue de holgura económica. Antes de esas encomiendas, y en el lapso entre ellas, Laura Méndez trabajó como profesora dando clases particulares de español, así como editora y directora de publicaciones en el extranjero, a lo que se sumaron sus quebrantos de salud durante esos años.

En lo que respecta a sus tareas editoriales, en 1895, asociada con José L. Schleiden y después con C. Harlod Howard, lanzó la *Revista Hispano-Americana*. Aunque apenas duró un año su publicación, le dio difusión a acontecimientos tan relevantes como la Exposición Nacional de México, en 1896, así como a escritores mexicanos de la importancia de Luis G. Urbina o Ma-

nuel Gutiérrez Nájera. Por cierto, la escasa duración de esta revista se debió a una mala jugada del socio, que Laura Méndez referiría en estos términos, en una carta: "…un golpe que mi apreciable socio me dio en la chapa del alma, quedándose con el periódico y sus pertenencias todas, por haber yo confiado en su lealtad y descuidado el contrato de sociedad".

Precisamente las crónicas y cuentos reunidos para esta edición abarcan los años de viaje de Laura Méndez. Combinando sus encomiendas oficiales y sus tareas profesionales particulares con el ejercicio de la crónica periodística y la escritura de narrativa breve, nuestra autora hace gala de una gran capacidad de trabajo y una no menor agudeza para registrar acontecimientos de toda magnitud con gran ingenio y humor. Además, aunque en su época no fueron tan alabadas como su poesía, es claro que mientras que sus versos han quedado anclada en la época específica de su escritura, las crónicas y cuentos de Laura Méndez resultan todavía vivaces y muy cercanos a los lectores actuales. La mayoría de las crónicas aparecieron en el diario *El Imparcial*, entre 1907 y 1910. Los cuentos fueron reunidos en un volumen titulado *Simplezas*, que fue publicado en 1910.

Y así como 1910 figura en la cronología mexicana como un año crucial, también lo fue para la biografía de Laura Méndez, cuya vuelta al país fue celebrada con la dedicatoria de una conferencia que dictara en el Ateneo de la Juventud José Escofet. Trataba ésta sobre Sor Jua-

na y se la dedicó a Laura Méndez con las siguientes palabras: "como un homenaje a la mujer que había destacado como educadora y escritora durante el porfiriato y que ya preparaba sus armas intelectuales para ingresar a la honda renovación social de esa época". Y así fue: Laura Méndez fue una entusiasta del maderismo y desplegó a su regreso una gran actividad política, a la par de seguir con sus tareas como educadora y redactora del periódico *El Pueblo*, en Jalapa, Veracruz. En 1918, mediante la publicación de un libro, hace público su respaldo a Álvaro Obregón, como el más adecuado para continuar con el proyecto constitucionalista de Venustiano Carranza.

Así, Laura Méndez sostuvo una vigorosa actividad en todos los frentes de su vida, como maestra, escritora, periodista y también como alumna: a sus 70 años, en 1923 presentaba un examen sobre la declinación castellana y la declinación sánscrita, y traducía a Rabindranth Tagore, premio Nobel de Literatura en 1913.

En 1926 se jubiló de sus labores magisteriales. Falleció el 1 de noviembre de 1928 en su casa de San Pedro de los Pinos, Tacubaya. Actualmente, sus restos reposan en la Rotonda de Hombres Ilustres de Toluca.

Las tiendas al menudeo

¿Habrá cosa más vulgar que una tienda? Después de la cantina, que es el centro de comercio fundamental de toda congregación o conato de aldea, en cualquier parte del mundo, nada hay tan importante como la tienda. Mas con ser un giro universal, da carácter a los pueblos, porque siendo el lugar donde cada quisque va a surtirse de lo que ha menester, una tienda bien encaminada es libro abierto en que aprender las costumbres de la gente.

Entre nosotros la tienda de "raya" y la tienda mixta de los lugarejos enseña a las claras que el bajo pueblo bebe mucho, come lo indispensable para mantener la cabeza sobre los hombros y viste menos que lo que manda la decencia. En las ciudades pomposas, el género de mercancía se subdivide hasta lo infinito, de donde proviene la abundancia de tiendas de uno o dos dependientes, con cincuenta o cien pesos de capital social y uno o dos patrones. Así hay la velería, la dulcería, la zapatería, y tantos más changarros acabados en "ía", como artículos de primera necesidad ha producido la industria.

Pero en nuestras ciudades capitales, donde la gente está devastada o dispuesta a que le pasen por el lomo el cepillo de la civilización, las tiendas vuelven a marcar sus tendencias a hacerse mixtas, siendo, por lo mismo, necesario que crezcan en importancia, mas no es en

esto donde radica el *modus vivendi* de la multitud, sino en lo que las tiendas venden y cómo lo venden. Para que los mexicanos compren de buena gana, es preciso primeramente que la mercancía venga de extranjía, que el comprador tenga cuenta abierta en la tienda y pague por abonos y que el dependiente hable hasta por los codos. Sobre todo, ha de decir galanterías a las mujeres y recomendar el artículo en venta más que un misionero el reino del Señor. De un dependiente que no sabe echar flores, se dice que no tiene buen mostrador, y me lo planta el patrón en la calle.

Es natural, la gente no compra cosas bellas que son raras y caras, sino al fiado; donde no se crea nada, ni se produce abundantemente, efectos ordinarios, se carece de necesidad de usar algo más que la hoja de higuera.

Fuera de México, antes que empeñarse en conocer a los hombres, hay que entrar en las tiendas y ver en ellas lo que es genuino y lo que es exótico, lo que anuncia el carácter nacional, y lo que revela de qué país o pueblo extraño viene la influencia predominante en el lugar puesto en observación. Así, por ejemplo, en los Estados Unidos, las mercancías amontonadas, sin arte ni concierto, muestran el exceso de producción; la complacencia del dependiente para probarse todas las prendas de ropa que le exige el parroquiano, su sobriedad en el hablar y la rapidez con que envuelve los paquetes y da cambio, dicen que el norteamericano sabe al dedillo en qué consiste ser comerciante.

La tienda en los Estados Unidos es un sánalo todo y a su ejemplo se han moldeado las europeas, adoptando ciertos detalles ventajosos, aunque sin perder por ello su sello típico. Por ejemplo: dondequiera que el clima es rudo y castiga severamente en invierno, lo mismo que en verano, la tienda es un lugar de refugio; el que va tiritando por la calle en un día de tormenta, entra a calentarse y a reponerse; el que pasa bufando de calor, halla un paraje fresco donde descansar.

En las tiendas hay sala para las señoras, tocador y restaurante. Como no hay peligro de rateros, la ropa hecha, las telas y los efectos, todos están al alcance de la mano del comprador, y éste manosea y estruja todo aquello que está marcado con precio de barata. A la vista de un *nickel,* el dependiente americano, aunque no entienda la lengua en que se habla, le baja a uno la luna en menos de un periquete; envía la compra a domicilio COD, o sea a pagarse a su recibo, aunque el objeto valga 10 centavos. En todo sale el comerciante de relieve, y los parroquianos declaran en el modo de comprar, un pueblo gustoso de toda suerte de comodidades y práctico.

Durante la estación cálida en París, fuera de la tienda, en la plebeya banqueta, salen a tenderse grandes mesas cargadas de ropa hecha y sin hacer, desde el vestido de novia hasta el delantal de la cocinera; desde la corona de azahares hasta las zapatillas de alfombra. Y el dependiente pregona la mercancía e invita a los transeúntes a contraer matrimonio y endomingarse con

aquellas prendas resobadas y expuestas al polvo de la calle. Resultado: la atracción de la vista empuja al trashumante comprador puertas adentro, para hacerse con algo mejor. Pero el francés, suelto de boca y siempre listo al requiebro fácil, no se allana a complacer al parroquiano. Los sombreros no se prueban, los sombreros a prueba nadie los quiere por no verse comprometidos a comprar a disgusto, atosigados por la insistencia de la vendedora; la tienda, en general, no tiene departamentos bastantes al servicio del público, tales que inviten a permanecer en el edificio sin propósito mercantil.

La tienda en Alemania es típica también, es la expresión del pueblo. Desde la entrada se nota algo desusado, sea desde luego un armatoste pequeño muy especial, para que los hombres dejen el cigarro a medio consumirse, pues dentro del edificio no se fuma. El lugar destinado a cada tabaco tiene un número que anota en su cartera el que lo ocupa, sólo para evitar una equivocación, pues nadie intencionalmente se llevaría a la boca un cigarro ajeno. Hay también una o dos cadenas atadas a la puerta principal y un felpudo para dejar a los perros en depósito mediante una propina. Los canes llevan siempre bozal y están tan habituados a acompañar siempre a sus amos a hacer compras que no protestan contra la larga espera, sino que se echan resignados. Prueba esto que en Alemania todavía es costumbre que el jefe de familia provea personalmente la casa, en tanto que la mujer atiende las faenas domésticas.

A la puerta hay un cartel con la lista de los nombres de los intérpretes, emparejado cada uno con la bandera del país, cuyo idioma habla. Dentro está la venta de sellos postales y el buzón, el expendio de billetes para todos los espectáculos y conciertos, a la vista del diagrama numerado de todos los teatros, de modo que cada quien acoge la localidad que le acomode.

El restaurante da gran servicio y largo dos veces al día, y en su defecto, está el departamento de fiambres, chocolate, café y refrescos, con sus retretes de cantina, pues la cerveza corre a pasto, el vino no escasea y siempre hay a mano un licor tónico o cordial. La pastelería y la frutería ofrecen servicios inmediatos en esta tierra donde alimentarse es un deber que todos cumplen ganosos y de buen humor.

En las tiendas de Berlín, todavía mayores que las de París y Nueva York, donde el personal se cuenta por millares, lo típico es el papel que las flores componen en los escaparates y en el adorno de la casa en general.

Cuando las flores de la estación son jacintos, rojas, amarillas, blancas y de color de rosa, son las telas que escogen para los vestidos que han de ofrecerse al público. Si hay en abundancia clemátides y lilas, salen los diversos tonos de morado, si llega su vez a los tulipanes, el anaranjado y el rojo son de rigor. Se planta el traje preferido en el maniquí, se tiende la falda graciosamente, y a su alrededor, ponen hileras de macetitas pequeñas de una misma planta todas en flor, a formarle rueda, y

millares de macetas alegran el edificio todo, por dentro y por fuera, y ramilletes variados y guirnaldas en profusión decoran los guantes y la lencería, y todo, perfumando el ambiente.

Para complemento de arte y de belleza, está el jardín en medio del edificio; en verano al aire libre; en invierno bajo una rotonda de cristal, surtido con plantas de invernadero, siempre en plena florescencia, porque apenas dejan de producir, son retiradas y cambiadas por otras.

Cuando el cansancio del cuerpo rinde, y la fatiga del espíritu agobia, qué grato es sentarse en las banquetitas de mármol tibio, y soñar al arrullo del agua que brota de los peñascos de mentira, cubiertos de lianas y musgo. Musgo que ha costado sudores y congojas al jardinero alemán, seguramente sin competencia en el orbe entero.

El balcón y las ventanas

Entre un balcón y otro balcón, ¡qué diferencia! Entre la minúscula ventila que da aireación a una estancia, y el boquete por donde entra la mano del carcelero a llevar a un delincuente el pan de la prisión, ¡qué diversidad de ambiente! Entre la ojiva que tamiza la luz al través de místicas imágenes y la ventana de tres lienzos por donde se cuela sin pedir permiso, una gloria de sol y de esencia de flores, ¡qué distancia, qué distancia!

Cada cual, en el transcurso de la vida, al desatar el haz de los recuerdos, se encuentra con que la memoria de un balcón o ventana le toca nuevamente en el corazón. La Biblia refiere que desde cierta ventana del palacio real vio el enamorado incorregible Salomón, a la mujer de Urías, sintiendo desde luego encenderse su criminal deseo por ella; nos habla de un balcón en Susa, desde donde la reina Esther divisó a su pariente muy pesaroso, cuando aquél, sabedor de la matanza de judíos que el perverso Amand tramaba, vino a implorar de la soberana israelita que hiciese por salvar a sus correligionarios. La tradición cristiana ha perpetuado en muchos espíritus el balcón de la casa de Pilatos, por donde asomaron sus feroces enemigos al humilde Jesús, con la túnica de púrpura, la corona de espinas y el cetro de caña, exponiéndolo a la burla del populacho;

la historia no se cansa de referirnos que desde los balcones y ventanas de los monarcas y la nobleza del mundo entero, se han mostrado a sus súbditos, príncipes y reyes, se han publicado edictos, revocando sentencias y presenciado ejecuciones; y finalmente, la poesía, en el roce sutil de sus alas de oro, nos repite los juramentos apasionados de Romeo en el balcón de una casa de Verona, cuando Julieta acertaba a distinguir el ave matinal de la alondra, de la serenata del ruiseñor.

Andando el uso, también nosotros hemos tenido nuestro balcón, del cual guardamos melancólico recuerdo, no porque los episodios que con él se relacionen hayan sido de partir el alma, sino por idos, por aparejarse con la juventud, con la adolescencia, con la infancia; cosas muertas, accidentes fortuitos de la creación.

Por un balcón empavesado por cortinas de damasco amarillo con ricas borlas y pasamanos dorados, me nombraba mi bisabuela a cada prócer; de la iglesia o laico, que pasaba alumbrando con cirio en la carnavalesca procesión de Corpus, bajo arcos formados de "tápalos chinos" y "mascadas" de la India. Así llamábamos entonces a los mantones de Manila y los pañuelos de seda, mucho antes de que la zarzuela de género chico, que tanta picardía nos ha enseñado, nos trajese una que otra dicción castiza con que remendar un poco nuestra decadente lengua nacional. Y aprender a hablar correctamente de comediantes de la legua y bailarinas de tarima, ¿no ha sido para los que pretendemos respetarnos

y que se nos respete como país independiente, asomarse al balcón de la ignominia?

Diligencia vana fue muchas veces querer abrir aquel balcón de vidrios emplomados, al que no podíamos asomarnos sin pedir licencia, la cual nos era frecuentemente negada porque la autoridad maternal era nula a este respecto, cuando estaba ausente el jefe de familia. La culpa no era suya sino de esa aureola de vida que rodea las cabezas de quince años, de los gustadores de ronda y de otros sujetos que aunque la dan de timoratos, a primera vista pueden pasar por los truhanes que son. Pero si costaba un triunfo descorrer los picaportes un día ordinario, cuando ocasiones solemnes lo pedían, abiertas las puertas cuan anchas eran colgaban banderas tricolores del antepecho, y por entre los balaustres, pares de manos que no alcanzaban a mucho, soltaban sobre los soldados de la República que venían de los funerales de la Intervención y del Imperio, pétalos de amapolas. Si todavía quedan "zacapoaxtlas" de huarache y sombrero de palma, de fusil de chispa y machete suriano, han de acordarse de haber tenido una porción de gloria, pues no era otra cosa que gloria, gloria y gloria lo que queríamos aventarles.

Y la ventana aquella, a donde llegaba uno de puntitas, cogiéndose el corazón a dos manos para hacerlo callar; la de barrotes pintados de verde, distantes uno de otro un ojo o media frente, aquella de la cual era árbitra la cocinera malmodosa, cuya breve ausencia a boca de

noche, era menester aprovechar para dar una espiada exploradora a la acera de enfrente. ¡Oh, balcones y ventanas queridas, en lo pobre y feo de nuestra traza y en lo hermoso y atractivo de los recuerdos cariñosos que me habéis traído hoy al magín, qué poco o qué nada os asemejáis a estos balcones y ventanas berlinesas, donde otra interpretación de la vida se desenvuelve, donde la juventud, la inocencia y las costumbres de otra raza coloran con matices diferentes el arcoiris del amor!

No, no, hay que declarar sin rodeos que el balcón y la ventana de Berlín son más sinceros que los nuestros; si fueron abiertos para permitir la salida de los gases envenenados y la entrada del aire vivificador, no faltan a sus deberes; no duplican sus vidrieras ni cuelgan más persianas para alejar del novio callejero la imagen del bien amado, sino para poner a coto al cierzo gemebundo del invierno y decir hasta aquí llegarás al sol vengativo de julio. Los estrados que los decoran, las lámparas que los iluminan, las flores que los envuelven en perfumes han sido puestos allí por comodidad, por higiene, por alegría sana y anhelos de vida. A estos complementos de la vivienda no llegan los ganzuadores del alma a correr las horas muertas; la cortina de sol que puede azotar frentes enardecidas por la fiebre del idilio, ha sido sustituida por la fresca enramada donde hacen gimnasia los jilgueros.

A primera vista creeríase que la vanidad entoldaba los balcones con paños orientales y habría, en las terra-

zas, sombrillas japonesas; pero bien mirado, cuando se advierte la ausencia de tibores y vasos ricos, aun en las casas de los acaudalados; y se observa que los recipientes de las flores todos están ocultos en el caño nupcial que sistemáticamente remata todo barandal y todo alféizar, llega uno a convenir en que el alemán, más que cualquier otro europeo, gusta de mostrar al público cómo pasa parte de su vida rutinaria.

En el balcón se lee, se conversa, se cabecea la siesta, se come fuerte o con parquedad, o se apura uno o dos vasos de cerveza. El balcón es una estancia más en la casa, por eso el arquitecto lo hace bien amplio, bien orientado y bien bonito.

Oh, balcones y ventanas que viví en mi memoria, unos con su palma como de oro a raíz del domingo de ramos, y luego deshonrada y envilecida por las moscas; otras cerradas y sin otro ornamento que la jaula del perico, ¿por qué habláis a mi corazón más dulcemente que éstos, dónde el rododendro asoma sus vistosos capullos por la reja dorada del barandal, y la propia se yergue ufana en mi maceta?

El París de los sueños

Como el invitado a un banquete de esos que llaman de confianza, que, por habérsele trastornado el reloj, se hubiese anticipado a la cita, y encontrando la casa a medio asear, por extender los manteles y al anfitrión cogerlo en zapatillas y todo remangado enjuagando la cristalería, pedida prestada para la ocasión a los vecinos, así he hallado de revuelto y sin alarde al París de mis sueños.

París es la tierra de promisión de la América sajona que lo admira despreciándolo y de la América latina que lo admira incondicionalmente, lo venera envolviéndolo en una aura de deseos y lo copia servilmente en cuanto la capital del mundo tiene de inconmensurable. Mucho antes de haber adelantado un pie camino de Francia, los que hemos tenido la oportunidad de hacerlo, y siempre, los que jamás han realizado su ideal, todos hemos soñado con París. Todos hemos creído que era un dechado de maravillas a que nuestras insignificantes ciudades no llegarían jamás por mucho que en ello se esforzaran, y nunca hemos querido desengañarnos de que pensar y dar por hecho que las cosas son como la imaginación se las figura, es ser un grandísimo mentecato. Ahí va la prueba.

Supongamos que se llega a París por la Estación del Norte, en las primeras horas de una mañana, cuando la temperatura es grata y convida a los durmientes a salir

de las sábanas. El pueblo, que es la mayoría, el pueblo, que es el que imprime características a las naciones, hierve en la calle entregado a sus varios menesteres, ignorante de que es buscado con solicitud por millares de turistas para ser preso de una vez en el pináculo convencional de la fama. ¿Qué fama? La que nadie osa discutir por temor de que le tilden de bárbaro.

La Estación del Norte consiste en dos exiguos patios cubiertos de vidrieras y tablas de hierro, donde se ha acumulado polvo desde tiempos remotos. El suelo tiene costras legendarias; los escasos bancos han sido puestos en desuso por el tifo que campea; cree uno que allá incuban los microbios de todas las pestilencias del cuerpo y del alma, y no va fuera de razón: el tilo flota en el ambiente y el mozo de la aduana propone que se le coheche con veinte centavos para dejar sin registro los baúles del viajero. Aunque no llevo nada de contrabando, acepto el trato, por salir pronto de allí.

El coche que nos conduce al hotel tiene su correspondiente taxímetro que va marcando el precio de la carrera. A medida que crece la distancia; pero no obstante que los muelles del vehículo, el caballo de tiro excelente y la pavimentación de las calles no deja qué desear, el vehículo rueda al paso. Porque el chofer ha notado que su carga viene de extranjía y hay que apretarle la naranja para que suelte los cuartos hasta no dejarle jugo. A esta villanía cocheril debo haber recorrido la ciudad entera a

paso de convoy fúnebre y asistido al despertar del gran París. Mis ojos ven y mi razón comenta.

Vamos primero de norte a sur; luego de oriente a poniente. Pasamos por calles estrechas, por muchos bulevares, a la vera del río, o sobre los hermosos puentes que lo cruzan, pasando por la puerta de todos los hoteles de París, excepto el indicado; tal parece que éste se halla escondido como la gruta del Pájaro Azul, de los cuentos infantiles.

Mientras encontramos el camino recto a nuestro albergue, vemos a la orilla de las aceras los canastos de la basura parisiense, descubiertos, rebosando de materia en descomposición. Los recolectores los vuelcan sobre el embaldosado, para hacer a dos manos la selección de los desperdicios que, como en algunos otros países, es de rigor que vayan clasificados en los carros de basura. A la remoción de la basura, los perros que pasan, gozan del festín.

Por la acera van y vienen mujeres que llevan en el sucio delantal recogido, cuantas piezas de pan puedan acarrear de una vez para venderlo a hombres que abrazan un rollo de teleras casi de una vara de largo.

Llaman a misa. ¡Contraste singular! Por todas las avenidas, en la ciudad que acaba de dar el trancazo a la tiranía monacal, afluyen procesiones de niñas enlutadas, siguiendo a mujeres trajeadas con ropas monjiles. Van a la iglesia o salen de ella. Otros chiquillos mayormente muchachos, que corren hacia la escuela pública,

con cartapacios y talegas de libros en banderola, visten también unos delantales negros que parecen sotanas, muy lúgubres e impropios para su edad. ¿Pues no dicen que el pueblo francés es alegre?

En nuestra lenta y forzada romería, volvemos a repasar los bulevares amplios, tirados a cordel, sombreados por opulentas acacias, por tilos o lilas aromáticas. Se les ve el anhelo de ser elegantes, en sus hermosas construcciones, en los exquisitamente vistosos escaparates que limitan, a entrambos lados, las banquetas; en la ausencia total de alambres y rótulos ondulantes; pero algo hay que los afea con rabia, algo que desdice la buena intención con que fueron hechos: El pero que no falta a ninguna obra compuesta se llama aquí descuido, incuria, o quizá desprecio a los extranjeros que vienen a embobarse en París y vaciarse los bolsillo repletos del oro de América. El pero consiste en los extranjeros mismos quienes gozan en pagar, con largueza, la porquería de la vía pública, la imprudencia de las hetairas y los retruécanos groseros del cabaret.

Frente a las pequeñas mesas, en ringla, que hay fuera del café cantante, se sientan a contemplarse unos a otros, creyendo contemplar a la Francia, individuos de todos colores y de todas las razas; de pingües riquezas, de mediano pasar, de ningunos bienes de fortuna; buscadores de arte y de ciencias, y perseguidores de una peseta para desayunar o una ocasión con que sacar la tripa del mal año. Son las ocho de la mañana y ya empiezan a ocuparse los asientos. Es que el calor compele a muchos a refrescar con ajenjo.

Como la procedencia de estos concurrentes al café de bulevar es varia, diferentes son los tipos de razas que allí se ven, diversas las fisonomías y los vestidos. El africano de cara de ébano y los color de sangre se destacan entre caras de blanco linfático y cabellos rubios de las hijas de Albión; un rostro de los amarillentos y ojos pequeñitos, vivos y un tanto oblicuos, asoma su orgullo de japonés victorioso, por entre un par de hombros cuadrados que pertenecen, respectivamente, a dos cultivadores de café, venidos de América a Europa a sopetón, sin preparativos previos, sin haber traspasado siquiera los umbrales de la escuela pública. Allí están sorbiendo sus cañitas de limonada aquellas pobres mujeres de la América Central que acostumbran viajar en los vapores más elegantes, en peinador o ropa de levantar y más alhajadas que una odalisca. Allí están sonriendo las suripantas que entraron de buena fe en el templo del arte y salieron sin palma ni gloria, para echarse por la calle de en medio; allí están las Gabriela Bompard de todos los países, las Thaw, y las émulas de la Bella Otero./ Se miran unas a otras y se admiran o se envidian. Y todos se forjan la ilusión de representar al genuino París de los sueños y las leyendas. Pero el verdadero París, el que bien valía una misa con toda la Francia, en el concepto de Enrique el bearnés, ése pasa a toda prisa a sus negocios sin parar atención en sus huéspedes de un día. El país honrado no es de la agrupación abigarrada que no desdeña pasar las horas muertas sobre la alfombra de

serrín del pavimento, donde se amasan las colillas de cigarros con los escupitajos, donde el hedor del mingitorio se confunde con la fragancia de las flores de lis.

Los gorriones, revoloteando por los tilos, cantan y gorjean que es una gracia, pero si como el gran visir del sultán Mamouth, entendiéramos el idioma de los pájaros, diríamos que dicen: ¡Qué lástima!, ¡qué vergüenza!

Cruzando la ciudad en todas direcciones, en busca de ese bendito "sote", al que parece habérselo tragado la tierra, vemos hermosos jardines, palacios artísticos y edificios soberbios. Grupos de estudiantes aguardan alborozados la hora de entrar en las aulas. Quiénes van a las escuelas de artes bellas, quiénes a las conferencias científicas, quiénes en pos de los mil y mil ramos del saber humano, en cuyo progreso sabe llevar Francia el estandarte. Ése sí que es el París de los sueños.

¡Ah! Al fin hemos llegado. Apenas vislumbramos el París intelectual que mi espíritu anhela, vuelvo a las menudencias de la vida, toda mi atención: el despedir el coche de plaza, a ver por los sacos de mano, a arreglar las condiciones de nuestro breve hospedaje. Vamos de tránsito.

Otra vez vuelvo a imaginarme que he visto a la capital del mundo como un individuo madrugador la casa del banquete; pero no me desaliento. Con todo el optimismo de que soy capaz, espero la hora del festín; cuando la sopa humea en los platos, la cortina de la puerta del comedor se abre en dos gajos y el mayordomo aparece y me dice: "Madame est servie".

Londres a vista de pájaro

Sobre el fondo gris que forman el cielo y la superficie del Támesis, aparece el caserío esfumado a través de la niebla sutil. Edificios color de tabaco, que fueron rojo ladrillo allá cuando Dios quería, con infinidad de ventanucos cuadrados que les dan apariencia de gigantescos palomares, vienen primero a nuestros ojos, a medida que se interna el ferrocarril, sobre de rieles elevados, en la gran metrópoli; y chimeneas altísimas, unidas entre sí como con serpentinas de hierro, por los alambres que sirven a la ciudad para la transmisión de luz, fuerza, noticias, voz humana, sobresalen de tejados y azoteas hasta ponerse a nivel con cimborrios, piras y campanarios. El rumor que sube no es de voces sino de llantas resbalando por el pavimento arenoso; el sacudimiento del herraje de los ómnibus ocasionado por la rapidez de la moción y el bufido de los automóviles han hecho el monopolio del ruido y apagan el tropel, en las calles comerciales, y el trote de las caballerías, en el cuartel de las residencias. Ha llovido, hacemos nuestra entrada en la ciudad, por calles estrechas y tortuosas, con luz crepuscular y un airecillo húmedo que convida a volver las espaldas a la interesante capital de Albión y coger el portante. Pero es mejor confiar los cuidados a un buen

sueño y esperar a que Dios amanezca, para ver las cosas de mejor cariz.

En efecto, al día siguiente, aunque pálido y entelerido, es de los que en Londres pasan por hermosos y es menester sacar provecho de él. Si las distancias entre los puntos de interés no fueran enormes, convendría andar, tanto para hacerse cargo de la ciudad, como para entrar en calor de huesos; pero hay que abarcar mucho en poco tiempo y nos decidimos por otro medio más rápido de locomoción: el tubo subterráneo.

He querido ver Londres como lo vería de la copa de un árbol un pájaro trashumante, pero noto que trasladándome de un sitio a otro por las vías subterráneas, he tenido malos comienzos. Pues empezaré con correrías de conejo, aunque llevo la ventaja sobre él de no tener que explorar el camino, pues éste lo han hecho hábiles ingenieros y preparándolo para el público con celo verdaderamente humanitario. Las estaciones del tubo son numerosas y distan entre sí tramos que pueden recorrerse en uno o dos minutos; se conectan con varios paraderos de otras líneas subterráneas también, de modo de facilitar el tráfico y cortar al pasajero las distancias y con ahorro de tiempo y hacienda. Línea hay que mide más de nueve millas y recorre su extensión en treinta y ocho minutos, contando con los que se gastan en las breves paradas en las estaciones. La velocidad media de este tren, movido por fuerza eléctrica, es de quince millas por hora.

Las estaciones, al parecer, están a ras del suelo y no sabe uno lo que le aguarda cuando se apersona al expendio en busca del billete del pasaje.

Obtenido éste por corta suma de peniques, baja uno dos tramos de escalera de razonable extensión y siguiendo un pasadizo inclinado, se encuentra ante la ancha puerta de mi ascenso mayúsculo que puede contener un mundo de gente: toda la que compone un turno de pasaje y aún más. Desciende la máquina aquella una barbaridad de metros y cuando se cree uno instalado o por instalarse en la cocina grande, y espera a Lucifer con sus ministros, Astucia y Pecado que le salgan al encuentro, se halla uno en una rampa a los pies, por donde es menester seguir en pos de los que van delante e impulsado por los que vienen detrás. La rampa tuerce siempre; y si no fuera por ser tan alumbrada, blanca y limpia, no habría quien tuviera ánimo para internarse en aquella cañería de dieciséis pies de diámetro. Para dar ventilación a cada línea hay en cada estación cantidad tal de boquetes, claraboyas y ventanas, en direcciones opuestas, que las corrientes encontradas que soplan en el largo y difícil trayecto desde la taquilla hasta el ferrocarril, ponen al viajero en conflicto: faltan manos para defender los cabellos de que se arranquen de la cabeza con orquillas y todo, para recoger las faldas voladoras, para conservar la posesión del portamoneda indispensable y del consabido billetito más indispensable aún

por el momento. Así vamos cuesta abajo, por el tubo, como alma que se lleva el enemigo. Por fin... el tren.

Rápidamente nos arrojamos en montón por puertas automáticas de barrotes de hierro, que se abren como por ensalmo, y de la misma manera se cierran, cuando hemos entrado, dejándonos enjaulados. ¡Zas!, en marcha. Cuando se pone el tren en movimiento y me veo hecha un zopo en vertiginosa carrera a siete estados debajo de tierra, me pongo a considerar en lo que vale y lo que influye en el sistema nervioso, la confianza en la sabiduría y el acierto de los hombres. Quien dijera que nos aventuraríamos a una correría de topos, sin entender de palotada de los principios científicos que sirven de base a estas líneas férreas que cortan el subsuelo en varias direcciones, y cuando cree uno encontrarse de manos a boca en las fraguas de Vulcano, se topa precisamente con el punto deseado, cuyo nombre está escrito en azulejos, con caracteres gordos, sobre el muro frontero de la estación. ¡Bendita sea mil veces la confianza en el que sabe más que yo, en el que ha puesto a mi servicio el vapor, la electricidad, la mecánica y todo lo demás que me lleva por veinticinco céntimos a donde yo quiero ir, con sólo repantigarme en una banca del tren! Siempre me ha parecido propia la confianza en Dios a quien sólo conocemos por sus obras bellas, pues ya se sabe que las que carecen de esa cualidad, o no son suyas o ha metido en ellas las manos el demonio; así natural es echarse en brazos de quien

ha colgado en el espacio el alegre y benéfico sol, y nos mira por la noche con ojos de estrellas, pero poner la vida al cuidado de un maquinista que echa bufaradas de brandy, como es común en los del oficio, o depender de un guardafreno soñoliento o de un telegrafista enamorado, eso sólo puede ser por cuanto tenemos de bondad y sencillez de corazón. El premio lo habernos en la comodidad y prontitud del viaje, ignorando que cruzamos como bala dejada del lecho del río, en línea oblicua, lo que quiere decir alargar el camino.

Salimos como entramos; desenjaulados instantáneamente, siguiendo rampa arriba por mil vericuetos, torciendo a la derecha, a la izquierda, hasta topar con un ascensor. Y vuelta arriba; el pasadizo después, luego la escalera y finalmente el ancho zaguán, y la calle con su luz tenue y amortiguada por la niebla, pero que, por contraste, se encuentra alborada de país tropical.

Siendo la electricidad la potencia de tracción, el tubo conserva su corriente de aire limpio y puro, lo cual no acontece con las vías análogas de Berlín, París o Nueva York, donde el uso de máquinas de vapor alimentadas con carbón o leña, hace que la prolongada crujía, por donde corren los trenes, se llene de humo y de gases que vician el ambiente, en detrimento de la salud de los pasajeros y aun poniendo en riesgo sus vidas. Si no me falla la memoria, creo que fue una acumulación de gases mefíticos la causa de la catástrofe ocurrida en el metropolitano de París, hace pocos años.

Salimos a la vida urbana cerca de un puente doble tendido entre dos torreones. Cada extremo de los dos sostiene el del pasadizo que le corresponde, quedando ambos a gran equidistancia; para el acceso en el pasadizo alto, el cual es sólo usado por peatones, pues hay que subir larguísimo caracol para llegar a él, escondido a lo largo de los torreones, es menester quedar sin aliento, así pocos son los que emprenden la tarca; el otro queda a nivel del suelo, pero no está siempre en servicio de los transeúntes, por ser giratorio para dar paso a las embarcaciones de alto velamen.

Mientras examinaba yo la construcción, ni como el arquitecto ni como el arqueólogo, sino a la manera descuidada del curioso que sólo busca novedades en qué recrearse, se dejó venir a lo largo del Támesis una embarcación arrogante y de buen trapío, anunciándose con silbidos cuyo significado debió ser comprensible a los guardianes del puente, porque en el mismo punto se oyó el choque de hierro contra hierro de dos rejas que a entre ambos lados se cerraban, y las estatuas humanas de dos gendarmes mudos, teniendo cada uno por el extremo, la cuerda que iba a cerrar el paso a los vehículos y caballerías, impuso a los transeúntes la cesación del tránsito.

Entonces el puente más bajo se abrió por en medio, sin ruido y se levantó en dos alas a la derecha e izquierda; pasó el buque en unos cuantos instantes y las alas cayeron de nuevo en su sitio reanudándose el tráfico en un guiñar de ojos.

Era aquél el puente llamado de la Torre, porque se avecina a la famosa Torre de Londres, donde tanta sangre se ha vertido por saciar ambiciones y cumplir venganzas. A ella nos encaminamos ahora para dar comienzo a nuestras inquisiciones en el interior de la gran ciudad.

La torre de Londres

Grato recuerdo de mi primera edad es la posesión de una pizarra en la cual solía yo retratar a mis amigas, o mejor dicho, pintarrajear unas monas que, gracias al poder de la imaginación, se me representaban mis amigas en carne y hueso. En la dicha pizarra, también con el auxiliar valioso de mi fantasía, veía yo surgir palacios, castillos y fortalezas, del maremágnum de líneas, quebrados y enmarañados entre sí, que me alcanzaban para torear los diez minutos de asueto que la maestra nos daba a revienta cincha, mientras ella, desde el balcón de la sala de la escuela, al través de unos anteojos de teatro, miraba alejarse al profesor de música, un viejo francés muy mal hablado a quien Chonita, la cotorrona directora del plantel, era muy aficionada.

Los palacios, castillos y fortalezas, que yo veía en mi trabajo a pizarrín, tenían cierto enlace ideológico con los ídem de los cientos que me deleitaba oír a una criada vieja, por no tener libros en que leerlos. Además, de viva voz eran más expresivos los diálogos entre hadas y príncipes, más siniestras las amenazas de los genios maléficos.

Los castillos por mí imaginados, a cuyo exterior trataba yo de dar, en mis ensayos de arte, toda la posible realidad, copiando pródigamente de cuanta es-

tampa litográfica o el aguafuerte que me venía a la mano, no careciendo de barbacana ni de poterna; abundaban en torreones almenados, con muros gruesos, en fosos profundos; pero cuando mi mente, forzando los ferrados postigos o colándose por angostas troneras, penetraba en el interior, ignorante de los mil vericuetos que debía recorrer, para darse cuenta del plano del edificio y del decorado y mueblaje de la sala y demás habitaciones, se salía descolada e incierta a devorar en silencio su vejamen. Así de lo que había en el interior de un castillo, aparte de las manos negras que servían banquetes y preparaban lechos de oro y plata a príncipes perdidos en el bosque, nunca supe media palabra. Mi primera sorpresa fue cuando visité por primera vez un castillo: el de San Juan de Ulúa. Entonces ¡ay!, ya no tenía yo que ver con príncipes ni hadas.

Los trasgos se me atropellaban en la cabeza, las sierpes se me enrollaban en el corazón, la miseria y el dolor que encontraba por todos los ámbitos de la triste fortaleza, eran expresión del prosaicote y vulgar dolor humano: nada nuevo debajo del sol. Espié curiosamente por la boca de las tinajas, ¡qué calabozos más lóbregos!, y mi acompañante me mostró con cierto conocimiento de crueldad, cómo las paredes estaban salpicadas de fragmentos de cerebros humanos, cómo el pavimento se hallaba manchado de sangre. "Por aquí —me dijo— descolgaban los franceses a los mexica-

nos que no se doblegaban a la invasión; por aquí les arrojaban la mísera pitanza que debía prolongarles el martirio de vivir, y luego, por aquí los acribillaban a balazos. Eso era menos tardado y expedito que sacarlos a fusilar. Mire usted —continuó— por aquí fue clareado Severo del Castillo, no quería ser afrancesado y me lo dejaron hecho un mazacote. ¡Pobre joven! Y dicen que de talento, una verdadera promesa para la Patria." Después el cicerone, que las daba de sabihondo, me endilgó un curso de historia interesante y conmovedor del que no recuerdo jota, no obstante haberme movido a lágrimas, en ocasión de escucharlo. Sólo me quedó la impresión de que los españoles que habían formado la fortaleza de Ulúa, los mexicanos ya más pendientes que sin parsimonia la habían usado para recíproco martirio y los franceses que en ella habían sacrificado a nuestros valientes patriotas, pertenecían a una raza cruel. En mi concepto, la latina debía ser la más baja y salvaje de las razas.

Hasta muchos años después que me ha cabido en suerte visitar algunos castillos europeos; entre ellos dos famosos: el de Santangelo, en Roma, y la no menos notable Torre de Londres. De este último quiero exponer ahora algunas observaciones, por no pertenecer ni sus fundadores ni sus mantenedores a la raza cruel, la latina, que dejó tanto horror en mi ánimo, cuando de pie ante las fosas cavadas en las mazmorras del castillo romano, para arrojar en ellas a las víc-

timas del hambre y del tormento, sin más ceremonia que la que se dispensa al perro muerto que se echa en el muladar, hice el juicio de que en materia de sentimientos humanos valía Italia tanto como Francia, México o Iberia.

Efectivamente, entre los calabozos italianos y los de la fortaleza sajona hay diferencias que resultan favorables a los ingleses. En Santangelo, los reos, llegados sabe Dios si a mojicones o a lanzadas, eran ascendidos o descendidos, por medio de cuerdas, a sus respectivos calabozos, según que éstos se encontraran en el piso superior de la fortaleza o en sus cuevas o sótanos, pues puertas y ventanas de entrar y salir como las demanda cualquier habitación, no las había. En la torre londinesa, los condenados al dolor o a la muerte, hacían una a manera de distinción por ancho zaguán cuya reja sólo para ellos se abría. Subían por elegante escalinata al patio de honor, en cuyo recinto existía un señalado lugar, hacia donde todos los entrantes dirigían su mirada interrogante, resignada o rebosando desesperación, no obstante que ninguna marca visible lo ponía en evidencia; era el sitio donde se acostumbraba asentar el tajo para las ejecuciones capitales. En Santangelo, los calabozos no hacían posible larga vida ni aun en aquellos hombres aferrados a la existencia, que no sé qué misteriosas leyes naturales, pues faltos totalmente de luz y con un chifloncito o dos de aire mefítico que antes se

ha paseado bien las ciénagas romanas, sólo puede albergar a la muerte. En la Torre, las salas son vastas, las escaleras de caracol y pasadizos que a ellas conducen, reciben aireación por todos los puntos de la roseta de los vientos, y ora por claraboyas, ora por troneras, entran claror crepuscular y aire suficiente a renovar el de los pulmones. La vida es posible, por angustiosa y triste que sea y puede prolongarse en los organismos sanos y potentes, para mayor fortuna de quienes los poseen sin fe ni en la divinidad ni en la compasión del hombre para el hombre.

De los calabozos más conspicuos en la Torre es el llamado de la torre de Beauchamp, cuya construcción debió su origen al arzobispo de Ely, que se llamaba por aquel nombre, y fue quien, entre varias adiciones y reparaciones que hizo hacer al edificio, añadió el foso hoy seco pero llenable del agua que lo cubría, en el momento oportuno. Se sube a la torre de Beauchamp por sólida escalera que no muestra aún la carcoma del tiempo; y así que se llega a la prisión principal, donde extinguieron su vida tantos infelices, o aguardaron el patíbulo muchos más, empieza uno a confrontar inscripciones en los muros que dejaron las víctimas de la pasión política o de la efervescencia religiosa.

Presos, los hubo en todo tiempo desde que en el punto donde estuvo la fortaleza romana, se erigió la prisión del Estado, accesoria al palacio de los reyes. En el mismo recinto donde resonaban los acordes

de la música que amenizaba las fiestas reales, oíase el clamoroso rumor de las plegarias de los condenados al hacha del verdugo, y el choque de los vasos que se alzaban en honor del tirano poderoso se encontraba, en el espacio, el tintineo de las cadenas, el rechinido de puertas y el crujido de cerrojos. Cuántos seres, a quienes la fortuna les volvió la espalda, languidecieron en las mazmorras de la Torre, no es posible pensarlo, porque ni se conserva estadística de infortunados, ni ellos mismos dejaron señal que los recordase a la posteridad, pero de muchísimos que, allá en el siglo XVI, especialmente bajo los reinados de María Tudor y de Isabel, las dos hijas de Enrique VIII cayeron bajo el hacha, o se momificaron en los calabozos, existen inscripciones patéticas.

Al hacerse el lavado de las paredes en la torre de Beauchamp, se encontraron hasta noventa y un letreros entre nombres sencillos, títulos y citas bíblicas, deprecaciones y breves plegarias. Algunas víctimas escribieron sus nombres en la piedra con instrumento, al parecer cortante; o si no lo era, puede decirse que gastaron la paciencia de un santo para realzar sus escudos señoriales, sus armas y lemas; otras, raspando un poco ahondaron solamente lo necesario, el muro, para enterrar en la cavidad, la expresión de la pena que los invadía o alguna sentencia filosófica, nacida, en el magín, al soplo helado del desencanto por las pompas mundanas y de la triste e inexorable experiencia.

Una de las infortunadas criaturas que mayor compasión inspira, al través de los siglos transcurridos desde su ejecución, es Lady Jane Cray, decapitada a los diecisiete años de edad, cuando la vida era para ella un ramo de flores y la hermosura una corona oriental. ¿Su delito? Ceder, tras de portentosa y tenaz lucha, a las pertinaces súplicas de su parentela, la cual demandó, de la tierna criatura, la aceptación de la corona de Inglaterra que un grupo de enemigos de María Tudor había osado arrebatar de las sienes de esa soberana. Jane era también princesa y por sus venas corría la misma sangre real. Pero su reinado fue corto, de once días solamente; y la infeliz cayó al caer sus partidarios; y su cabeza rodó en el patíbulo. Cuentan que desde una ventila de la torre de Beauchamp, de las varias en forma de cruz, por donde el calabozo principal se esclarece y airea, vio la pobre mujer trasladar en hombros el cuerpo de su esposo, sin cabeza, mientras se preparaba de nuevo el cadalso para ella. Habiendo visto, en el museo de la Forre, la cuchilla con que fue la infeliz decapitada; en el patio el lugar en que asentó el yunque, en una exhibición de pinturas, el lienzo que representa su ejecución, y otro cuadro más vivido del triste suceso, en el salón de figuras de cera, fácil es comprender la emoción que evoca el recuerdo de la pobre niña.

No son ya muy legibles las inserciones hechas por los prisioneros, pero los guardianes de la Torre han

arreglado, para el servicio del público, unos folletos conteniendo la reproducción ilustrada de cada letrero y su traducción en lengua moderna, los cuales están a la venta en el calabozo mismo. Así el medro se asegura; pues en presencia de aquellos jeroglíficos y de aquellos borrones no hay visitante que se contente con quedarse en ayunas de lo que los afligidos corazones de las víctimas quisieran expresar a los postreros. De modo es que los folletos vuelen y faltan manos para recoger medios chelines. Copiaré algunas inscripciones:

"Mi esperanza está en Cristo, Walter Pastero, 1570." "Honrad a los hombres." "Amad la fraternidad." "Temed a Dios." "Honrad al rey." "Esperad en Dios." "Mientras mayor sea el sufrimiento por Cristo, en este mundo, más será la gloria con Cristo en el otro." "¡Oh Dios, que estás en los cielos, oh rey, concede pasto y vida eterna a tu siervo." "Una conciencia perturbada hace al hombre temer aun cuando se halla en seguro."

Sería tarea de nunca acabar seguir transcribiendo; baste decir que el folleto que contiene los facsímiles consta de cincuenta páginas.

Salgo del calabozo con el corazón pellizcado por el recuerdo de tanta angustia y voy a dar con la sala de la torre blanca, donde se exhibe parte de la alhajas de la corona, armas antiguas, arreos de caballeros medievales, y aparatos de tormento. Entre éstos se encuentran unos anillos de fierro con torniquetes y garfios que, al funcionar, convertían los dedos en unas palas achata-

das y gruesas como tortillas. Hay como muestra, para ilustrar el aparato, dos dedos de pasta o cera, imitando con precisión los del cuerpo humano, el uno figura ser el ya sometido a la tortura; el otro, un dedo como para servir de punto de comparación.

El horror me avienta hacia la puerta.

Mientras cruzo el Támesis, por el puente de la Torre, miro remolcar hasta diez botes cargados de carbón de piedra, confundiéndose el polvillo negro, que el viento del este les arranca, con la cortina cenicienta del espacio. En el estado de ánimo que me encuentro, me imagino ser aquello un convoy fúnebre que hace el tráfico entre la Torre y los antros de la muerte.

En lontananza, deslizándose sobre la corriente gris, ahogada entre la niebla, botes aparejados con telas satinas de color de escarlata, a las que el tiempo, en complicidad con el humo y el hollín, ha dado el tinte de sangre vieja. Parecen las manchas que ofuscaban la mente de Lady Macbeth. Mucho más allá, casi perdidos en el horizonte, las arboladuras de buques anclados en las riberas del río que han aireado sus trapos, desvanecidos en la bruma sus cuerdas y berlingas, semejan cruces pendidas en el vacío.

O será que yo estoy para ver cosas fúnebres, calvarios, lápidas, verdugos y patíbulos y no puedo apartarme de la mente la tenaz idea de comparar a las razas, a los hombres, al mundo intelectual, al mundo salvaje. Y me pregunto, con el descubrimiento de las ciencias

y su afirmación en la vida del hombre: ¿habremos ganado algún progreso moral? Si no, ¿qué esperanzas tenemos de ganarlo mañana? ¿Desaparecerán del haz de la tierra, algún día, los sátrapas de Rusia, los sicarios de Guatemala?

El rechazo de las velas, contra el mastelero, azotadas por el viento variable, resuena tristemente en mis oídos y se repercute en el corazón como augurio siniestro.

El decantado feminismo

En Europa, lo mismo que en América, al hombre le hace cosquillas el movimiento feminista como si le pasaran una pluma por las fosas nasales. Eso de que la parte del género humano a que los filósofos en la Antigüedad negaron la posibilidad de tener alma, y los de los tiempos modernos inteligencia, raciocinio, etc., les dispute el puesto en la oficina, en el taller y en el laboratorio, no es cosa de poderse aguantar sin poner el grito en el cielo. Y vaya si lo ponen.

Para burlarse de la mujer que invadía las atribuciones masculinas, en España se escribió bastante tiempo ha una zarzuela *La isla de San Balandrán.* En ella se hace escarnio de la mujer guerrera, olvidando por completo el autor de la obra que hubo una Juana de Arco para enseñar al mundo que cuando es menester la compañera del hombre sabe defender su patria con la espada en la mano y morir por ella. Otro tal en una comedia, *El guardián de la casa,* hizo mofa de la literata quizá porque la supone embobecida con los libros y apartada de los deberes del hogar; mas ese autor desdichadísimo, por no alcanzarle su literatura para ganar lo necesario para la amanezca, se unió en matrimonio a una actriz que le ayuda a hacer la vida. Y mientras él representa *El guardián de la casa* haciendo perecer al público de risa, ¿a quién dejará de

guardián en la suya? Ya me parece ver al poeta dando el biberón a la prole o aderezando la papilla.

Verdad que pocos hombres son tan audaces como la mujer para arrojarse en brazos de lo desconocido, cuando quieren llevar a empeño una cosa. La necesidad la empuja a hacer prodigios. Cuántas mujeres han sido criadas en el amable embrutecimiento que la rutina prescribió para su preparación de reinas del hogar y ángeles de guarda de los hombres, y en un momento dado, viéndose en alguna dificultad doméstica, supieron sacar de sí mismas energías, buen juicio, tantas cualidades que nadie había tratado de descubrir en ellas ni de desarrollar. Porque, téngase bien entendido que, en el concepto del hombre, el ángel del hogar de sus sueños ha de ser una bestia de reata, sin individualismo, ni responsabilidad, ni nada. Su criterio ha de ser el del señor su padre, el señor su hermano, el señor su esposo o el señor su hijo; sus luces, cuando luces le entren en la mente, deben ser reflejos de las del varón que hace para ella de jefe de familia; su misión en el mundo, de joven, ser el ideal del señor, el pretexto para que si el señor es artesano, no se emborrache más que los domingos; si estudiante, pinto venado con menos frecuencia; si militar, faltar menos al cumplimiento de su deber.

En suma, que como el hombre se confiesa apocado y sin aspiraciones si no ve una "ella" en un punto cualquiera de su horizonte, ha sido menester inventar ese ángel del hogar.

Pero he aquí que ese ángel del hogar se ha cansado de cargar esas alas estorbosas que le han pegado como las de Ícaro, y se ha cansado también de ser adorada e incensada a costa de la ignorancia que es la rebajación del espíritu y la inacción que es la muerte del cuerpo. Parte de la especie humana quiere tener derecho a la verdadera vida. A la intelectual que es la luz y no a la del topo a la que se le ha condenado. Quien ha dicho que su verdadero puesto es el hogar, ha dicho bien, pero quien supone que para ocupar dignamente ese "verdadero puesto" no ha menester sino tinturando los conocimientos humanos no tiene ni siquiera noción del significado moral de la familia. La mujer, formada por la naturaleza para vivir en sociedad con el hombre, necesita compartir con él el sentimiento y la virtud lo mismo que la ciencia y el arte. Si el hombre fuera justo y honrado consigo mismo o ante sí mismo, y la mujer ilustrada, educada no sólo en el dominio de las pasiones sino en el ensanche de la inteligencia, los matrimonios a tres serían menos frecuentes; porque ni el marido iría a buscar fuera del hogar quien le distrajese del idiotismo de su consorte, ni la esposa exasperada del egoísmo de su cara mitad, se forjara en la mente otro marido ideal. Y menos mal cuando sólo lo haya en la mente.

Porque la mujer es de suyo honrada y generosa, anhela su manumisión legal. Desdeñando aprovecharse del abandono en que se la ha tenido siempre, creyéndola incapaz de darse cuenta de su condición social.

Pide en nombre de la justicia que se la dote convenientemente para la lucha por la vida; que se la respete de día y de noche y en todo lugar; que se la remunere por su trabajo al igual que al hombre, cuando la labor es buena, y no se le acorte la paga desestimando su obra por ser mujer. Nacida para la maternidad, la mujer al lado de la cuna de sus hijos es cuando más ha sentido la insignificancia de su cultura, el descuido de su educación. Poseída de inmenso dolor ante el hijo enfermo, no sabe sino retorcerse las manos, en vez de darle asistencia; en presencia del hijo descarriado, precipitándose en la pendiente del vicio, no sabe sino acudir a los santos, con triduos, novenas, y piadosos ejercicios. Ella comprende que podría ser la nodriza inteligente, la enfermera adecuada, la aya capaz, la consejera juiciosa; y que todas esas cualidades, lejos de apartarla de la maternidad, la harían una madre a derechas.

Esto que hoy llaman feminismo y que ha llenado de alarma al sexo masculino, no es en realidad nuevo más que como impulso de solidaridad. Como fermento ha existido desde que el hombre apareció sobre la Tierra. Lo mismo en la Antigüedad que en nuestros días, la mujer ha tenido participación en todas las luchas sociales y contra las fuerzas portentosas de la naturaleza, que han castigado al género humano. La mujer es veterana en los trabajos y las angustias de la vida; lado al lado del hombre ha labrado la tierra, combatido, con armas, al enemigo, y empuñado el remo para conducir la frágil

embarcación sobre las aguas. La industria, al nacer, encontró las parejas dispuestas para todo servicio; y no fue cuando el hombre egoísta, notándose en estatura unas cuantas pulgadas más grande que su compañera, y más fornido y robusto, declaró bajo dictamen que la desproporción exterior debía corresponder forzosamente a otra interior. Desde entonces quedaron repartidos los papeles, ajustándose el hombre en el reparto a la ley del embudo: lo ancho para mí y lo angosto para ti.

Y los siglos corrieron dejando a cada sexo su papel, como siglos que eran de superstición y de santa ignorancia. Pero como la ley del progreso no es la del embudo, el hombre adelantó y la mujer con él, aunque a despecho de él, encontrándose los dos frente a frente.

Ahora lo que motiva el griterío del sexo feo, es que la rebelión femenil no parte del pueblo bajo sino de la clase media. Las muchachas en las fábricas y los talleres, las viejas en el surco, manejando el azadón o la podadera, las mujeres de media edad, mayormente en el mostrador de las casas de comercio, aunque lo pasan muy amargo, no chistan boca, resignadas con su suerte. Se conforman, como en Francia, con que la ley dé al marido el derecho de cobrar del patrón el salario de la mujer y gastarlo como parezca. Pero las mujeres de la clase media, cultivadas como flor de canela climada y en perfecta ociosidad, son las que han gritado: rebelémonos. Y se rebelaron. Éstas son las que quieren ser médicos, abogados, legisladores, y cuanto hay, en vez

de muñecas de tocador. Vaya que quieren ganarse el pan con el sudor de su rostro, en vez de agradecerlo.

¿Que lo harán mal? Puede ser, pero por lo malo se empieza siempre. No es de presumir que los hombres allá por el tiempo del caído lo hicieron muy bien, cuando después de tantos siglos de práctica por un doctor Koch o Pasteur, hay tantos cuyos nombres se hundieron en la fosa con sus dueños. Las lumbreras de la humanidad aparecen allá cada cuando con centurias de por medio. Entre tanto griego desaparecido en el no ser, ¿cuántos dejaron a la posteridad sus nombres?, ¿y la lista de los romanos de quienes tenemos noticia no abunda en asesinos y bribones, y escasea en hombres de ciencia?

No hemos de creer que las Aspasias, las Safos, las Teresas de Jesús, las Rosas Bonheur y las Madames Curie se han de producir a millares, como los Solones, los Dantes, los Spinozas, los Velásquez, etc., no han dejado su sello en nuestros laboriosos artistas, legisladores, filósofos y poetas de todos los días. Pero andando el tiempo, con una buena escuela y una educación esmerada, la mujer se transformará de lo que es a lo que anhela ser. "Time will bring roses" ha dicho Carlyle: esperémoslas.

Por ahora a los señores no les queda sino el derecho del pataleo. Lo siento mucho, pero que rabien; harto nos hacen ellos rabiar. De acuerdo, con gusto, de una señorita a quien un impertinente quiso molestar en una reunión. Al presentarle al individuo descomedido,

la persona que tenía a su cargo esa ceremonia hizo mil elogios del talento y la ilustración de la joven, a lo que él comentó: "Una mujer inteligente es adorno exquisito en sociedad, pero inadecuada para el hogar. A la verdad, yo no me casaría con una mujer inteligente."

La aludida respondió con viveza: "No tenga usted temor de que eso suceda, pues ninguna mujer inteligente se casaría con usted."

No parecía sino que Madame de Stael o Hipatra, estaban alli pidiéndole su blanca mano.

La patria formada de juguetes y la patria de juguete

He vivido lo bastante para ver la facilidad con que México cambia de costumbres y se transforma en lo que los extranjeros, que por mayoría la ocupan, le van pidiendo. Es un verdadero *frégoli*, cuya elasticidad muscular le permite todos los gestos y todas las posturas.

Yo he conocido a mi patria, todavía formadora de guitarra y de mantilla, pugnando por desespañolizarse de lo poco bueno que la Conquista le había inculcado, para hacerse afrancesada de lo malo también. Pongo por caso: el niño de casa aunque fuera hijo de gachupín tendero, y al trabajo de papá debiese la holgada hacienda, no debía degradarse hasta envolver garbanzos detrás del mostrador. El niño debía vivir del presupuesto, que para eso es el padre nacional. Vino Francia en son de guerra, y mientras los hombres de poco más o menos se batían en la montaña y en la llanura, dejando muchas veces el pellejo, los que amainaban con la invasión se hacían *monsieurs* a paso de carga.

No diga yo de las mujeres: corsé de sílfide, polvo de arroz para revolcarse la cara y muchas banderillas en el peinado. Del porte español no les quedó nada; de la

persona moral, la ignorancia, el fanatismo y alguna que otra maña. La nueva mujer no se hizo económica, ni despabilada, ni industriosa. El nuevo hombre tampoco fue luchador, ni estudioso, ni artista. Una y otro vestían a la francesa cuando recibían amigos a comer y hablaban ni en francés, ni en español, sino en una mezcla deliciosa de ambas lenguas.

Últimamente estamos sufriendo otra transformación. ¿He de decir cuál? El hombre no es madrugador, ni se fortalece en la gimnasia, ni es respetuoso con la mujer, ni discreto, ni comedido, ni emprendedor. Es el mismo devoto del "mañana", el mismo desprovisto de ambición, derrochador, falto de energía, aunque juega *football* y al *cricket*, entretenimientos que alterna con el boliche de los franceses y con los toros de la madre España.

Las muchachas van solas a la calle, o se acompañan de sus amigos; se llaman Fany, Ketty o Lulú; invaden los despachos, las tiendas, las oficinas, socavando los empleos a los hombres. Pero, ¿saben guisar?, ¿conducir una casa?, ¿criar niños sanos y robustos?, ¿hacerse o siquiera reformarse sus vestidos? Que lo respondan ellas con la mano en el corazón.

Ahora, a lo que hablan en vez de idioma castellano, hombres y mujeres en esta época de transformación, póngale Dios nombre, si cabe en su infinita sabiduría.

Muchas veces, observando lo que acabo de decir, me preguntaba yo en qué consistirá que haya países tan sólidamente constituidos que hasta lo rematadamente

malo que tienen es imposible arrancarlo. Cómo sería posible que fuese necesario de esas revoluciones gigantescas que inundan de sangre las naciones para descuajar errores, vicios y miserias de que los pueblos se han nutrido por centurias y centurias. Ahora he dado en el *quid.* Los pueblos consolidados son árboles robustos que se alimentan de la propia; perecen cuando el hacha del leñador los derriba, o cuando los abrasa la tea del incendio.

¿Somos nosotros un pueblo así? ¡Qué esperanza! Arbustos raquíticos, continuamente trasplantados de heredad a heredad, sembrados por la ruda mano de un indio y cuidados gradientes todos se los lleva la trampa de una vez.

¿Por qué somos así? Repito que he dado en la madre del cordero. Somos así porque entre nosotros todo es y debe ser exótico, todo para que nos acomode y nos guste es de tener embalaje de extranjía.

Lo que era propiamente nuestra idiosincrasia de trescientos años de ser apéndice de una nación europea lo hemos mandado a mala parte, y como la avutarda de la fábula, llenamos nuestros nidos de huevos de otros pájaros y también de pajarracos.

No más "marido y bretaña, en España", que decían nuestras bisabuelas; hoy *inglard, gros, voller* de cualquier parte; marido venga de donde viniere, con tal que venga en fin, sin tradiciones, sin principios. Sin tradiciones, sin principios, sin ambiciones, vamos al porvenir como los topos, directamente a estrellarnos contra un canto

cualquiera. Pero nos gusta mucho más lo de extranjía, eso no lo podemos remediar.

¿Queremos saber de nuestro país; el origen, las leyendas que nos legaron nuestros antepasados, las costumbres primitivas? ¿Queremos conocer la topografía, la extensión detallada de cada planicie, la altura de cada montaña, las riquezas del suelo, los recursos económicos de que disponemos, nuestra capacidad, nuestra fuerza, nuestra energía y nuestros lados flacos? Pues a buscar todo eso en los periódicos de los norteamericanos, quienes a diario nos estudian, nos miden, nos avaloran, y nos dicen luego a la cara nuestro precio. Y aunque sepamos dónde están las fuentes de información, nos inquietamos por ello y buscamos siquiera que una jícara de agua se nos lleve a los labios.

En literatura pasamos de las novenas a las novelas, que respectivamente representan a España y Francia, para echarnos en brazo de las revistas de estilo americano, que nos ponen sin cesar en conocimiento de los malos pasos de nuestro vecino, nuestro amigo, nuestro pariente, quedándonos tan frescos como si nos hubieran sentado en el Paraíso; en arte copiamos estatuas griegas, cuadros de asuntos extraños a nuestras costumbres, y nos regalamos el oído con música francesa, italiana y alemana. Porque no producimos ninguna.

Aquellos matrimonios modelo que piensan cuerdamente en emancipar a la prole de las malas mañas de nuestra sociedad, esas parejas que marchan más tarde por

la mano extranjera que nos cabe en suerte, hemos llegado a no ser nada en conjunto; individualmente plantas éticas de invernadero que, cuando les alcanza un soplo de aire puro, palidecen, tiemblan y se deshojan. Así no podemos constituir una raza, sino conformarnos con formar uno de los componentes de esa ensalada etnológica que llaman raza latina, la cual unas veces se agria por el fermento de la cebolla, otras porque se arrancia el aceite, muchas envían a sus hijos a colegios de extranjía para darles otra lengua, otras costumbres, otras tendencias y otros ideales. Así, cuando esos chicos ya crecidos y educados regresan a sus hogares, encuentran que, además de la incomodidad doméstica, o sea falta de *comfort,* como ahora se dice, mamá es una mujerota burda y sin gracia, papá un señor muy callejero, para quien la casa de la familia no es sino hotel, mesón o cosa así. Y él mismo, el hijo tantos años ausente, el que tuvo que sobreponerse a las tristezas de la nostalgia, el que encontró consuelo en su soledad, en la esperanza siempre nueva del regreso, ¿qué cosa es? Un huésped exigente y molesto, un recién venido intruso, que no halla en casa las ilusiones que lo arrullaron de niño. Decepcionado, huérfano enfrente de los autores de sus días, solo en medio de la familia, vuelve a batallar contra las agonías de la nostalgia, para amoldarse al medio social.

De ciudadanos irlandeses y americanos, de súbditos ingleses, alemanes y belgas, sólo puede formarse una sociedad mixta, híbrida, y de todo ello una patria de juguete. ¿Y la patria hecha de juguetes? Aguárdese el lector.

La patria de juguete y la patria hecha con juguetes

Los cochecitos son un mundo de conchas y colchas de nevada blancura, empujados por las aldeanas de Spree Val, que constituyen el monopolio del gremio de las niñeras, se agrupan ante las vitrinas de escaparates, a estos días, con la profesión de los carruajes de libros a las puertas de la ópera; sólo que aquellos, los de mentirillas, no se alinean ni están acogidos por el gendarme del puesto, ni son llamados por las señas de sus dueños, ni se alternan con los numerosos vehículos de plaza.

Los cochecitos diminutos son particulares siempre, de tracción humana, colgados de raso, bollonados, sirven de lecho a sus señores y señoritas, cuando a éstos les da la real gana de despabilar un sueñito al aire libre. Además, gozan del privilegio de resbalar por las aceras, en pos de ir atropellados, por el arroyo, cometiendo homicidios como los automóviles, entran en las casas y ascienden por los escalones de mármol, suavemente y con muchísimo miramiento.

De sus fondos, con trapos amontonados, repletos, salen en esta época invernal, tres manchas como tres flores, digamos una rosa y dos tiernos capullos; la cara húmeda por la brisa de diciembre, y dos mantas plegadas, cual si estuvieran asidas de un lazo invisible. Son

los niños. Los niños alemanes en contemplación de muñecas, soldados, animales, casas y castillos.

Es la época alegre de la renovación de juguetes. De los que ha de traer a montones, en su caballo blanco, Ruprechi a los niños que son buenos y rezan. Y como los niños alemanes son siempre buenos y rezan todo el año, de cabo a cabo, van a echar una ojeada en aquellos escaparates, donde quisieran meter la persona entera, y manosear y estrujar cuanta fiera y cuanto guerrero empavonado hay.

Entre los coches infantiles y por detrás de ellos, se empinan sobre las puntas de los pies, otros chiquillos, mayormente criaturas callejeras, remendadas de traje, envueltas en burda lana, que también corren en busca del ideal. También ellas han sido buenas y han rezado, dando gracias a Dios muchas veces sin tener de qué. Con la fe ferviente de la inocencia, esperan igualmente a Ruprechi, en el patio de la casa, cargado de alfajores y chucherías, por lo mismo, quieren ellos anticipar su elección.

De aquella jerarquía de ángeles, se levanta un coro de alabanzas a los zoquetes pintados, a los trozos de hojalata pulida, a los bodoques forrados de badana, terciopelo o plumas, con ojos de esmalte y dentadura de celuloide. Para los niños, los juguetes tienen alma. La colmena zumbona emite pareceres diversos, mientras yo, casual transeúnte mirando los juguetes diversos, desplegados con hábil artificio, medito. ¿En qué? En la patria de cada quisque. En ese pedazo de terreno

que convencionalmente llamamos nuestro, mientras aposentamos sobre él, aunque propiamente nosotros somos los que le pertenecemos, pues nos guardará en su seno por los siglos de los siglos.

Examinando con minuciosidad los juguetes, creo encontrar en ellos el primer impulso del sentimiento patrio. Son los objetos que despiertan la emoción en el niño, son los que halagan sus sentidos incipientes, los que constituyen su propiedad, sobre los que él tiene derecho de vida o de muerte. ¿Le gustan? Pues los embaba a besos. ¿Le cansan? Los arroja y los olvida. ¿Los aborrece? Los estrangula, los guillotina.

En sus muñecos hacen los médicos del mañana sus primeras autopsias; con sus pedazos de palo cortados geométricamente, ensaya el ingeniero del porvenir los hoteles y palacios que han de darle fama; inclinada sobre una cuna que mide un genio, brota en el corazón de la niña el primer sentimiento de abnegación maternal.

El recuerdo de los juguetes que alegraron la niñez subsiste y asoma sobre todos los recuerdos de la vida del hombre. Se olvida, con el tiempo, todos los pasos del dolor; la fecha del ayuno forzoso, el día del desahucio del médico, del punto fatal en que en un disparo gordo nos costó la pérdida del empleo. Pero ¿quién no recuerda con ilusión el juguete favorito que tantas veces le secó los ojos por las lágrimas?

Nada quiere decir, o por lo menos, nada al corazón el nombre de una ciudad o de un país donde vio

la primera luz; lo que habla constantemente al alma es el conjunto de cosas y personas que rodean al hombre en los albores de la edad. La cosa es que se vive largo tiempo, los criados que envejecen en el servicio de la mesa familiar, el paisaje frecuentemente ofrecido a la vista, los animales domésticos y los juguetes forman y moldean al individuo. En presencia de un conjunto consistente de elementos moralmente coherentes, el hombre adquiere la solidaridad que el patriotismo solicita; rodeado de cosas extrañas, disímiles y cambiantes, no pasa de ser un ente híbrido sin afecciones domésticas ni aspiración nacional.

A medida que los niños frente al escaparate nombraban los chirimbolos, los muebles, los animales, los cuerpos de ejército y los castillos de letras de la vitrina, con su media lengua algunos, y otros luciendo ya el vocabulario aprendido en uno o dos años de escuela, les leía yo en la expresión de los ojos y en la expresión misteriosa de las protuberancias de la frente, qué maceraban con los objetos que a la vista tenían, las vasijas y cacerolas de las cocinas berlinesas, los ajuares de todas las casas conocidas de la cuadrilla infantil, las fieras y los bichos del jardín zoológico, los soldados más famosos del mundo, que allá en los cuerpos de guardia hacen ejercicios militares todo el santo día, marchando con las rodillas tiesas, el cuerpo airoso y la cabeza erguida.

Otras niñeras como las aldeanas de Spree Val, que muestran a sus amitos los primores de la vitrina; hay

también de porcelana o de bizcocho, con su falda roja o verde a media pierna, sus amplios y blancos delantales, el pañuelo de colores al cuello y aquellas enormes y llamativas tocas tan franqueadas, arregladas sobre armazón monumental. Rorros de diferentes tallas, rubios o morenos, como los mirones, de ojos negros, grises o azules, como los de los mirones también; como ellos vestidos de capote de piel, polainas, manguita y boina de carneros de Persia. Allí están todos los soldados a quienes el káiser pasa revista el mes de mayo, los buques de la escuadra de su majestad, que todos saben se visitan en Kiel, aquí cerquita; los castillos famosos de Rhin, de que hablan las canciones de la casa y de la escuela, y de aquel en que nacieron los antepasados del emperador; los Hohenzollern.

Aquellas negras de vestidos raros, los chinos de cara amarilla y de extravagante indumentaria, y esas chicas de color de trigo con coronas de hierbas grises, esos tipos que no son familiares a la vista, ofrecen una novedad que puede pasar inadvertida de los pequeños curiosos. Algún atrevidillo no se quiere quedar con la duda y pregunta quiénes son esos entrometidos que están allí. A lo que su aya responde:

—Ésos son los habitantes de nuestras colonias: Togo, Camerún, Islas de Salomón. De Bismarck, Carolinas, Marianas, Pachtgablet, Kian-Tachon y otras. Estas posesiones las tenemos en África, Australia y Asia. Aquí, mira...

Y la Eraulein señala una esfera de juguete, a la que no le faltan ni los pozos. Vaya —me digo yo— una lección de geografía.

Me dio tristeza. No sé por qué me vino a la memoria aquella edad en que México tenía también sus juguetes nacionales; magueyes hechos de barajas pringosas embadurnadas de pintura verde, jacales de cartón, con techos de tejamanil espolvoreado de marmaja y piedras de hormiguero, cantaritos y tinajas y platos de loza poblana. Todo era tosco, chapucero, pero todo de verdad y alma. La molendera de jarabe eran el encanto de la niñez, no por artísticos ni por edificantes, sino porque eran la representación de las costumbres. ¿Cultas y buenas? No. Pero palpitantes y vividas.

Hoy las costumbres no se han transformado; pero los juguetes, sí. Los niños mexicanos juegan sin estimarlos, con los juguetes europeos, que nada les revelan de íntimo, que ninguna emoción les despiertan.

Santa Claus, el viejo bonachón que baja de los hielos del norte en su trineo tirado por rengíferos, para llevar a los chicos del Canadá y los Estados Unidos los regalos de Navidad, es en México un intruso a quien nadie conoce ni nadie estima. Es una caricatura grotesca cuando se la mira bajo el sol tropical. El árbol de Navidad no se aclimata en la tierra del nacimiento y los santos peregrinos, en la tierra donde aún calienta y corre la sangre española.

Las costumbres se comunican por el invisible cable de la identidad de razas, se transmiten por herencia, pero no se imponen. Y las costumbres sajonas serán las nuestras cuando otro pueblo ocupe nuestros hogares, y de Cuauhtemotzin y de Cortés no quede ni el recuerdo en nuestros lares.

Y mientras que con el exotismo y la exornación artificiosa de nuestro modo de ser, formamos de nuestros hijos muñecos y de la patria un juguete pintoresco, este pueblo maduro y los que le igualan en solidaridad, responsabilidad y convicciones, con juguetes echan en el corazón de sus hijos la piedra angular de la patria.

Pensando así no advierto que los grupos de niños se renuevan incesantemente, frente al escaparate de la juguetería, desanidados de la racha invernal y de la gruesa nevada que cae sobre el pavimento, enlodado por el reciente deshielo.

San Nicolás y Santa Claus

Aguinaldo

La transformación inevitable de las cosas y las costumbres al través de los años no ha hecho gracia de las fiestas de Navidad. Aunque de origen común, el paganismo que vivía con la naturaleza, y de ella aprendió las nociones de todas las ciencias y de todas las religiones, la celebración de la Noche Buena y de la Pascua ha ido tomando carácter propio entre los diferentes pueblos que se entregan a los alegres regocijos del crudo diciembre. Inspirador de bailes, tertulias y saraos. Tornándose urbanas las antiguas gestas de los campos desnudos y de los bosques seculares de pinos y abetos, siempre verdes, aun en medio de los rigores de la estación fría, lo artificial empezó a socavar el puesto a lo natural; lo convencional a lo espontáneo, lo profeso a lo que fue producto del sentimiento místico que hizo a la especie humana inventar una divinidad para acogerse a ella y rendirle culto y adoración.

Obra es del tiempo. En lugar del muérdago parásito que resguardaba de la intemperie el antiguo dolmen en que oficiaba el sacerdote druida, se hace un dosel de cualquier otro follaje donde aquella planta sagrada

de los antiguos falta, o por su escasez corre a precio subido en el mercado; en vez de nieve, se usan copos de algodón que la remedan, para adornar con ellos el nacimiento, el árbol, o lo que se hubiere preferido como símbolo de la fiesta legendaria. Hilos de plata imitan los de escarcha de veras, y prismas de vidrio los témpanos, que como flecos primorosos cuelgan, allá afuera, de los troncos escuetos, de los árboles perennes, de los alambres del teléfono.

La reunión no se verifica ya en la cueva o en la caverna, ni en la cabaña de losas; tiene lugar en una sala y se compone de personas que no tienen en mira ningún objeto de culto, ni se percatan del cambio de estación. A los gallardetes que lucían los paganos, de sus bandas y ceñidores, que decoran el Árbol, han sucedido banderolas de mil colores fabricadas *ad hoc,* y mil monadas de trapo, papel, metal, vidrio, barro, madera y porcelana con que la industria infatigable provee, se cuelgan de las ramas, alternándose con candelillas de colores y globos de luz de arco o incandescente.

Santa Claus y San Nicolás, los dos buenos viejos amigos de los niños, en Inglaterra y Alemania, se diferencian en lo esencial. San Nicolás anda a pie por los bosques, en compañía de algunos ángeles que le ayudan a cargar los regalos de los niños; él mismo lleva poquísimos; los que le caben en la mano izquierda, pues en la otra empuña un haz de varas o una pértiga con qué azotar a los chicos que no han cumplido con sus

deberes de cristianos y no pueden repetir sus oraciones cuando él lo pide. A la espalda lleva un saco de alfajores y nueces, pues sabe que a los alemanes les gusta comer sin cesar, y él piensa que regalarles el pico es el mejor agasajo que puede hacérseles.

Santa Claus es más altruista y, probablemente, más rico también. Hace acopio de lo que la naturaleza produce, lo que la industria inventa, lo que el arte crea; carga después con ello algún vehículo de fondo inconmensurable y las enormes alforjas que él mismo se echa a cuestas, y atraviesa caminos muy largos en trineo tirado por rengíferos, en diligencia de doble tiro, en automóvil de la marca que acaba de recibir premio en la última exposición. Santa Claus da a manos llenas. No pregunta quién reza, quién cumple con éste o aquel deber, sino quién sufre, quién llora, quién ha menester. Y no sólo lleva personalmente los aguinaldos, sino que los manda llevar a muchos ayudantes que tiene, y tiene en el regalar tanto tipo... ¿Que hay un enfermo?, pues Santa Claus le envía medicinas; ¿un hambriento?, pues provisiones a manos llenas. Al escaso de recursos lo ayuda con lo más necesario para sacarlo del ahogo; al opulento aquellas ideas nobles que le hagan falta, dotándole también de buena disposición para escogerlas y seguirlas. Por eso se verá que cuando Santa Claus está por llegar a alguna ciudad, los ricos que la habitan abren sus arcas, para que el buen viejo meta las manos hasta el codo. Qué de dádivas salen del tesoro de los magnates; a este hospital,

tanto; a aquel refectorio cuánto; tonelada de carbón al de más allá. ¿Y los niños? ¡Ah!, pues para los niños todo; al bueno por serlo, dulces y juguetes; al malo para estimularlo en el ideal, juguetes y dulces.

San Nicolás entra por el patio y acecha; espiando por las ventanas cómo se portan los niños a quienes quiere agasajar, se le mira frecuentemente en lucha con su conciencia, como los jueces honrados que tienen ante sí un veredicto condenatorio, sobre qué hacer pie para la constancia. Santa Claus se cuela muy a la calladita por las chimeneas, en las alcobas de los niños dormidos; deja sus paquetes, y se marcha por donde vino, con destreza de acróbata.

A San Nicolás lo desean los niños, pero al mismo tiempo le temen, por la pértiga o el azote amenazador; a Santa Claus lo aman, sueñan con él y lo esperan. ¡Están tan seguros de su llegada anual!

Así como existe diferencia entre la índole de los buenos viejos, la hay también en el carácter de los pueblos sajones que respectivamente aquellos patrocinan. Ambos consagran las fiestas de Navidad a la santificación de la familia; pero, mientras que el anglosajón pone en el centro como figura principal a los niños, el alemán cede con gusto de honor su pensamiento a los criados, a los que la fortuna castigó con hacerlos nacer en baja condición social, esfera que en Europa, ¡ay!, está metida en un pozo de donde no se sale más que por la emigración o por la muerte.

Estos criados no son los enemigos forzosos de quienes nos quejamos por allá quién sabe si injustamente; éstos no son apáticos por raza, perezosos de mal comidos, perversos por ignorantes. Los sirvientes alemanes son humildes, respetuosos, diligentes, cumplidos, sin que los amenace la vara del capataz, resignados por educación a los caprichos de la suerte, y poseen la responsabilidad conscientes de sus obligaciones domésticas. Trabajan mucho, ganan poco. Todos, antes de ponerse a servir, se han echado a cuestas la escuela elemental, como quien dice siete u ocho años de ejercicio de descortezamiento, para quitarse el pelo de la dehesa. Pues a estos leales, a estos esforzados adalides en la lucha por la vida, consagra Alemania una noche de sincero regocijo: la de la Navidad.

Forma la servidumbre la verdadera "familia" de los romanos. Los patrones la ven como hijos de Dios; el Estado crea leyes que los protejan en interés y salud.

El día de Noche Buena, a cada criado de una casa se le pone en la sala una mesa, y sobre ella van colocando durante el día los varios regalos de cada uno de los miembros de la familia. Después de la cena se los llama, y el amo, o sea el jefe de familia, hace el ofrecimiento de aguinaldos, los cuales, no siendo bagatelas con que los donantes han querido salir del paso, sino prendas de ropa que por su valor representan un gasto extraordinario hecho a favor de los agraciados, llenan a éstos de contento y gratitud.

Esta muestra de aprecio de los amos no ensoberbece a los servidores, ni los torna en remisos ni igualados. Ponen lo mejor de su corazón en agradecer y estrechan con cariño la mano generosa que ha bajado hacia ellos abierta y franca.

Y cuando uno anda de paso y mira estas escenas de comunicación espiritual, el acercamiento de dos almas que parecían distantes, atraídas por la simpatía y el amor, siente pena de no haber visto esas cosas buenas, allá en la patria querida, donde se trata a los criados como alimañas, ni siquiera como a perros.

Mientras las muchachas se retiran, llevándose sus aguinaldos, modestas, conmovidas, con los ojos arrasados de lágrimas, yo pienso en nuestra gente y pregunto: ¿por qué somos así?

¿Quién era don Gumersindo Morlote?

Cuando México era un caos. Recuerdos de antaño

De Tlalmanalco no tengo idea geográfica, ni histórica, ni social, un poco de todo, una impresión penosa de los tiempos en que México era un caos, una verdadera cena de negros.

Era el tiempo en que porque nos hacíamos pedazos con tranchete en las guerras civiles, nos llamaban bárbaros otros bárbaros que inventaban y perfeccionaban aparatos de guerra, y los ponían a prueba inmediatamente, entre naciones vecinas, para que la experiencia señalara sus defectos o sus excelencias. Por nuestras costas desamparadas desembarcaban los rufianes que estaban de más en su propia tierra, y buscaban en la rica comarca americana pie para sus aventuras, olvido de sus fechorías, y elementos de próspero y lisonjero porvenir.

No sé qué sería Tlalmanalco para los hombres de la revolución. A menudo se oía decir en la plaza que ahí venían los pronunciados, y la gente aterrada apresurábase a poner en el hoyo preparado de antemano, sus ta-

legas y alhajas; las mujeres, llorando, se escondían con sus hijos en los graneros, en las milpas, o donde podían, mientras los hombres, a toda prisa, montaban a caballo y enderezaban hacia el monte. Arneses y guarniciones se hallaban siempre a mano; y junto a la silla vaquera y la manta para la caballería, esperaban, siempre listos, las chaparreras, el jarano, la tilma y las espuelas. Las más veces, los pronunciados no venían, pero en el pueblo se los temía como a las legiones de Barbarroja, y nadie quería estar desapercibido en el posible caso de una invasión.

Frecuentemente, al dar la voz de alarma, se pronunciaban nombres que la gente que sabía de guerra oía poniéndose la carne como de gallina. Anunciar la presencia de Cuéllar o de Degollado era tanto como decir que Satanás con cuernos y cola estaba tras la pila del agua bendita; pero como ser tan temibles los demagogos que por tan abominables nombres se conocían, no inspiraban el terror que los reaccionarios Paulino Lamadrid y Marcelino Cobos, de quienes se dice que ultrajaban a las mujeres, colgaban a los hombres y se llevaban a los niños.

Para mí, Tlalmanalco era bien poca cosa entonces, y como desde aquella época no lo he vuelto a ver, lo describo tal cual vive en mis recuerdos: un pedazo de río corriendo, al sesgo, por una plazuela cerrada por casas de aspecto bien menguado; unos cuantos árboles de follaje oscuro y triste, y, como única alegría, la luna retratándose en la corriente límpida. El río se colaba

por debajo de un paredón sombrío, al ancho patio de mi casa, una gran fábrica de aguardiente y molino de trigo; allí ponía en movimiento a una gran rueda de cangilones colorados, que debe haber hecho en sus giros alguna cosa de provecho, aunque yo no supe jamás qué es lo que haría. Tenía yo cuatro años cumplidos; y como mi muñeca de hule tenía también colorado el vestido, la similitud de color con el de la rueda, fue lo único que me hizo fijar en ella la atención. También cuando volteaba, contando sus chorros, aprendí las primeras nociones del número.

Más allá de la plaza con sus árboles y su río, y el molino y fábrica que componían mi casa, no había, para completar el concepto que de Tlalmanalco me había formado, más que el cementerio, cuya memoria me hacía temblar, no porque fuera más pavoroso y triste que otros camposantos, sino por las narraciones que oía a las niñas de la escuela, en que siempre eran los muertos protagonistas. Lo mismo era que sonaran las ocho de la noche y me enviaran a acostar, que yo empezara a ver en mi imaginación, deshacerse los montones de tierra que remataban las sepulturas, y abrirse unos boquetes por donde salían esqueletos mondos o difuntos amortajados. El miedo no me dejaba dormir.

Pared de por medio, junto a mi alcoba, que por cierto era un tabique bien delgado, quedaba la sala de la casa, donde se reunían en tertulia algunos amigos de mis padres. Conversaban, jugaban a prendas o discu-

tían los horrores de la revolución, cuando la cosa pública apremiaba; una verdadera tertulia casera. Algunas noches, no pasaban de tres los circunstantes: mis progenitores y un caballero español que tocaba en la guitarra peteneras, y las acompañaba con coplas de viva voz. Otras veces, en vez de música, hacía comedia, bien representando, o bien leyendo. Entonces no me acordaba yo de los difuntos, me ponía a escuchar el canto o la lectura, con lo cual pronto me echaban beleño en los ojos. ¡Qué ricamente dormía yo en aquel tiempo!

El español, que se llamaba don Manuel Vidaurrázaga, pidió una vez permiso para presentar en la casa, a un compatriota suyo, don Gumersindo Morlote, quien, por no tener familia, se estaba dejando consumir por la nostalgia. Mis padres lo acogieron con bondad, y bien pronto los lazos de franca y amistosa confianza estrecharon en mi casa al extranjero, disipando de su rostro el dejo de añoranza. En esos días, el país gozaba de breve tregua, en la aciaga lucha civil, estando las riendas del gobierno en manos de los puros. Naturalmente, los jefes del partido conservador, andaban a salto de mata, para escapar sus cabezas, que habían sido puestas a precio.

Don Gumersindo Morlote era más temprano en sus visitas; usualmente se presentaba a la caída del sol, para encontrar despiertas a las niñas, con quienes había hecho buenas migas. Más de lo que él nos quería, le amábamos nosotras, porque nos hacía caballo en sus rodillas y se dejaba pellizcar las orejas y tirar de los ca-

bellos, sin oponer a nuestras travesuras más que tiernas caricias y risotadas francas de niño.

Una tarde clara y plácida, la tertulia se formó en el patio, a la orilla del río, frente a la rueda del molino, que acababa de parar su volteo. Don Gumersindo me montó en sus rodillas, y mientras él refería a mi padre algún episodio de la vida española, yo le desaté la corbata, le desabotoné el chaleco, y de un tirón le eché fuera la atetilla de la camisa, donde indiscretamente unas manos queridas habían bordado un nombre. Entretenido en el relato, el español no se fijó en mi travesura, hasta que, mostrando la marca, grité gozosa; "¡Mira, mamá! Aquí dice Marcelino Cobos". Nadie sabía que ya podía yo leer, así que fue una sorpresa para todos.

El hombre se puso blanco como un muerto. Mi padre le estrechó la mano, diciéndole: "usted no es sino don Gumersindo Morlote, y nosotros, sus amigos". Mi madre le alargó de su canasta de costura, las tijeras, con que cortó la marca delatora.

Cuando, algunos años después, leí de corrido lo pormenores del fusilamiento o mutilación, o lo que fue del bandido Marcelino Cobos, lloré mis primeras lágrimas por algo que no era la muñeca rota o el dulce no comido. Diga lo que quiera la historia, Marcelino Cobos, alias Gumersindo Morlote, fue un alma que dejó una grata emoción en la mía de niña.

Richard Bukowsky

Viajeros irán a Berlín, indagarán lo que hay en la gran ciudad digna de verse, subirán las escaleras de los palacios y de los castillos, recorrerán de largo a largo los vastos salones de los museos, pasearán en coche por los parques y a pie por las extensas avenidas, sin oír nombrar a Richard Bukowsky, héroe modesto, ignorado, inconsciente de la propia grandeza e importancia de su misión. Es necesario que la casualidad lo ponga enfrente de los extranjeros para dar con él. Digo la casualidad, porque no es común que en esta época, en que la piqueta demoledora es siempre bienvenida, haya quien se interese por conocer de las ciudades que visita, los barrios donde vive la gente pobre.

Cuando no se trata de ruinas de ciudades históricas, en cuyas piedras los arqueólogos leen de corrido sucesos maravillosos, las casas viejas de las ciudades vivas, que muchas veces nos enseñan tanto de la historia y de la civilización de los pueblos como aquéllas, no llaman la atención del turista. Claman en nombre de la salubridad pública, asegurando que los callejones de las grandes capitales son lo mismo: focos de inmundicia, hacinamiento de gente desarrapada, sucia y de la más baja ralea. Bien puede ser. El medio ambiente contribuye en gran parte a imprimir carácter al individuo,

que mucho que en tales antros oscuros e infectos y despojados alicientes de cualquier clase, la fría y triste miseria engendre todos los vicios. Con todo, de esa baja capa social, suele periódicamente formarse el abono que nutre las clases más altas, renovando los elementos desgastados por la anemia que, en ellas, ha producido el examen de refinamientos a que se entrega el hombre que disfruta de la comodidad.

¿Cómo vine yo a dar con Richard Bukowsky? Pues metiéndome en los fangos, donde es menester recogerse la laida del vestido, apartarse de las paredes, mirar mucho antes de poner el pie, y acercarse por precaución el pañuelo a la nariz. No me atrevía a aventurarme sola en esos vericuetos, pero con la agradable compañía de una buena amiga que se brindó a servirme de intérprete, de maestra y de guía, di a mi proyecto de visitar al viejo Berlín cumplida realización. Me esperaban grandes sorpresas, porque la experiencia me ha enseñado que espiando en la vida íntima de los desvalidos se encuentra a menudo gran caudal de enseñanza, y hasta se llega a descubrir que lleva uno en el corazón gérmenes de emociones y sentimientos de que no había tenido noción alguna.

La primera tarde soleada de esta primavera que apenas apunta con la algarabía de los gorriones, disputándose los granos de cebada que desperdician los caballos de tiro, en los parajes de simones de plaza, mi amiga y yo nos metimos por las callejuelas de Ali-Berlín. Allá detrás, muy detrás del palacio de invierno de

los káiseres, donde existen casas de vecindad tenebrosas y malsanas, como las de París y Londres, y cualquier ciudad de Bélgica y España. Las nuestras del callejón de cualquier cosa o la plazuela de cualquier santo, húmedas, cubiertas de salitre y de telarañas, resplandecen como focos de luz y gloria, si se les pone en parangón con las europeas de igual clase.

Dicen los italianos en un antiguo proverbio que "donde no entra el sol, entra el médico", lo cual no es enteramente exacto. Han de haber querido decir: "donde no entra el sol se hace necesario que entre el médico". Pero, ¡ay!, si los médicos entraran aquí, ¿tolerarían que los propietarios de estas casas las pusieran en alquiler?

De cada zaguán salen chiquillos en grupos de quince o de veinte, a vernos pasar, pues conocen que no somos vecinos del barrio, y nos miran con desconfianza. Tienen curiosidad de saber qué nos lleva a fisgar en los patios, las paredes carcomidas y cubiertas de verde moho; quisieran saber qué de particular tiene a nuestra visita los peldaños de las escaleras, tan gastados por el uso y el tiempo, que parecen bateas desportilladas. Y como para ver los pasillos y las escaleras es menester entrecerrar los ojos, y después abrirlos grandemente, para acostumbrarlos a hacer su oficio en la oscuridad, los chicos se burlan de nosotros, nos escoltan y nos estorban el paso, sin atreverse a preguntarnos por qué vamos a turbar sus juegos. Los más osados nos siguen hasta la calle; y, mirando que entramos en la casa inme-

diata, ponen en comunicación de los otros chicos que en ella habitan, lo que han pensado de nosotros, y se secretean todos, mirándonos con ojos huraños.

Habíamos ya recorrido lo que queda del barrio viejo de la isla formada por los brazos del Spres, dándonos por satisfechas del paseo, cuando acertando a pasar por la bocacalle de un callejón torcido que, por su amplitud, recuerda las avenidas de Burgos y Verona, los gritos de un hombre que conducía una carreta cargada de forraje, a quien estorbábamos el paso, nos hicieron ganar el camino único que se nos ofrecía. A poco otra carreta semejante a la primera, detenida en la mitad del callejón, mientras abrían la puerta de un corral que hacia la derecha estaba, para hacerla entrar, nos dejó sin salida: ambas bocacalles, obstruidas por las dos carretas. Sin saber qué hacer, poníamos los ojos a todos lados, cuando una figura diminuta, lo de la quinta parte de un hombre, asomando por entre el heno que se desbordaba de la carreta detenida, nos dijo: "Repegándose contra la pared, pueden ustedes pasar por aquí".

Lo hicimos, aunque con grandísimo trabajo, porque los sombreros nos estorbaban, y a mi compañera también del busto arriba, por ser ella de talla imponente y respetable. De otro lado de la carreta encontramos a dos jóvenes que salían de una casa todavía más vieja, sucia y fea que las que habíamos visto, y creyendo que nosotras íbamos expresamente a la dicha casa nos dijeron: "Entren ustedes y atiendan a lo que les dice

ese chiquillo, vale la pena". La personita que nos había aconsejado cómo salir de nuestra inesperada prisión, se quitó el sombrero con respeto, para despedir a los señores que tan bien lo habían recomendado, luego, enderezando hacia nosotras, con la insinuante manera de los cicerones italianos, a quienes de seguro él jamás ha visto y jamás ha oído hablar de ellos, nos dijo: "Pasen a ver la casa que guarda el reloj de sol más antiguo de Berlín". Seguimos obedientemente al muñeco aquel. Desde que pisamos el dintel de la puerta, cuidó el diminuto guía de alertarnos lo que debíamos evitar y la dirección que nos convenía seguir. Subiendo nos explicó la fecha de la construcción de la casa, el nombre de quien la hizo edificar, y los de los dueños subsecuentes; los sucesos notables que en ella han ocurrido y otras menudencias, terminando por indicarnos un viejísimo cuadrante pintado en lo alto de uno de los muros en cuya caja está encajada una figura renegrida. "Aquél, dijo, es el más antiguo y hermoso reloj de Berlín, que cuando sale el sol marca las horas, pero cuando no, aunque brille la luna, se está quieto sin indicar el tiempo."

Su formalidad, sus movimientos reposados, su relación acerca de la casa, tan concisa y desprovista de la palabrería de hojarasca, propia para solazar la imaginación de los niños, causa extraña sensación. A lo menos a mí me lo produjo, y muy honda. Supliqué a mi amiga que le hiciera varias preguntas al chiquillo, quien respondió a todas sin vacilación y a carretilla, de una vez por to-

das. "Me llamo Richard Bukowsky, tengo cinco años de edad, no voy a la escuela porque no me toca todavía. Mi ocupación es ser guía de los viajeros que quieren visitar la casa más antigua de Berlín, con su reloj famoso."

A la segunda serie de preguntas, poniéndole una moneda en la mano, siguió otra andanada de respuestas. "No, no sé leer ni escribir, pero cuando leen otros niños mayores de la vecindad lo que les enseñan en la escuela, me gusta oír, y entonces aprendo lo que ellos dicen. Ellos me han enseñado lo que sé de la casa, iré a la escuela cuando tenga cinco años, que es la edad a que los niños van. ¿Que si me gustan los dulces? Sí, pero no compro dulces, porque el dinero que gano hace falta en mi casa. Se lo doy a mi mamá. Ella es sola con cuatro: mis tres hermanos y yo, que soy el mayor". Señalando después a una niña que vino a juntársele añadió: "Mi hermana Gretchen, tiene tres años."

Dimos las gracias por su información a Richard Bukowsky, el cual nos despidió con igual cortesía que a nuestras antecesoras. Mientras buscábamos salida al callejón, ni mi compañera ni yo hablamos. Después ella me dijo: "Ese niño es de procedencia polaca; su cara luce también como su nombre."

Me quedé pensando en los niños precoces de que he oído hablar: músicos, poetas, matemáticos, ¿qué sé yo...? Sin dejar de admirar aquellos prodigios, siento mayor admiración por la precocidad de mi pequeño guía, encaminado a hacerse útil y hombre de bien.

Apartarse de sus compañeros de juego cuando se llega al callejón algún extranjero y animarlo al entretenimiento, para adquirir algunos centavos con que ayudar a la madre viuda y cargada de familia, ¿no es más grandioso que la música de Mozart compuesta a los cinco años de edad, y los autos sacramentales o lo que fuera de Lope de Vega, cuando era mayorcito?

En el camino a la casa, vimos que a la puerta de uno de los reales palacios, como doscientas personas correctamente alineadas, aguardaban la salida de alguno de los miembros de la familia imperial. El automóvil amarillo que todo Berlín conoce y el lando con armas y lacayos de la corte, habían atraído a los curiosos, quienes, no obstante su ejemplar postura, si a causa de la fatiga de la larga espera, adelantaba una mirada o un brazo, en dirección del zaguán, eran maltratados de palabra o estrujados por los gendarmes que guardaban el punto. Propuse a mi amable compañera que esperásemos también cinco minutos, que es lo más que se puede hacer por conocer un rey o un emperador. Antes de transcurrir los cinco minutos, salieron del palacio los príncipes Augusto, Adalberto y Oseas, hijos menores del káiser; mocetones fornidos y bastante guapos. Montaron en los vehículos no sin saludar, protegiéndolos de los mirones, quienes correspondieron al saludo con un hurra, de lo más íntimo del corazón.

Naturalmente, pensé en el contraste que existe entre los chicos a quienes el destino da por misión ser

aprendices de holgazanería, a gran costo del erario nacional, y el que huérfano y desvalido recibe la de ser el sostén de una familia. Mientras estos tres príncipes se secan cavilando en la distancia que los separa del trono, Richard Bukowsky, llegando con los años a adquirir la conciencia de su responsabilidad individual, continuará cumpliendo con su deber, sin esperar salir de capa de rajá por las calles de Berlín.

La verdad sobre el balneario Karlsbad

I. Karlsbad poético

Los médicos dan fama a los lugares, por sus aires o por sus aguas, como los curas hacen el renombre de los santos. Aires, aguas y santos forman el artificio, para nivelar el desequilibrio económico de las naciones, y hoy, como ayer, mañana como hoy, pretexto para sacar a las gentes de sus casas no ha de faltar, dando, por consiguiente, circulación a los caudales estancados.

Pero si en las épocas pasadas se concedía a los pueblos el privilegio de las ferias, transformadas al presente en exposiciones, también se iba en romería a aplacar a los santos y a implorar de ellos mercedes en tiempos de epidemias, que hoy no saben ya conjurar, desde que la ciencia, con su profusión de recursos, derramándose por el mundo, ha logrado hacerlo sin el divino auxilio. Por eso fue preciso dar otro encauce a la necesidad de movilización, al desasosiego mental que sobreviene de la quietud en el amontonamiento humano de las ciudades populosas.

Ahora poco se estilan las peregrinaciones cirio o farol en mano, acompañándose los centenares a los centenares

para hacerse fuertes, caso de dar con peligros durante las jornadas. No más himnos que espanten la murria del camino monótono, no más báculo para sostenerse de pie al extinguirse la fuerza muscular después de penosa y larga marcha. El enervamiento se deja en la primera zarandeada del ferrocarril, el cansancio mental se disipa con los frecuentes cambios de panorama, y lugares donde esparcir el ánimo surgen a cada vuelta de la locomotora; donde salta un torrente o serpentea un arroyuelo, donde sombrea un arbolado o se empina una montaña.

De tanto sitio donde sacudirse el tedio de la vida de aglomeración en común y desencoger los miembros agarrotados por la inacción, Karlsbad es uno de los más soñados. Tiene el encanto de su situación poética en el alma de grandes moles de granito y basalto, a ambas orillas del Tepl, precisamente en el punto en que esta graciosa y saltadora corriente se precipita en el Eger. Las montañas tupidas de frondosos y lozanos árboles, unos de ramaje caduco y otros de perenne, sombrean en el verano, mitigando los ardores del sol, y alegran en la estación fría con el frescor de los abetos y los pinos. Los árboles que se despojan de su follaje pierden su triste aspecto cuando la nieve los viste de blanco inmaculado o las heladas los envuelve de un manto de cristal. De una rama a otra suele colgar la escarcha sus hilos transparentes, formando arcadas mágicas, o prender, a manera de flecos, témpanos, que el sol brisa cuando se digna salir a disipar la melancolía de los tristes enfer-

mos. Este fenómeno, por raro, es apreciado como una bella novedad. Pero cuando el cielo acentúa su tono arenoso y desde la alta cima la grieta más honda, la nieve tiende su cauda inmaculada, el panorama que se ofrece a la vista es extremadamente pintoresco.

En toda época del año, flota en Karlsbad una sensación de paz risueña y activa que es peculiar en el ambiente. Se comunica de ser a ser. Disuelve el malestar físico, sorbiendo de la sesera los tristes pensamientos. El pesimismo que suele invadir la mente de los enfermos, se cambia en esas mil visiones de la fantasía, sueños dorados, esperanzas locas que componen el obligado séquito de la convalecencia. ¡Quién no ha sentido, al salir de grave enfermedad, que a la vez que recobra la fuerza del cuerpo, sus cuidados se apartan, los años parecen haberle disminuido y su pecho late de nuevo con el acompasado y alegre ritmo de la juventud y la ilusión! La convalecencia, a no dudarlo, es el periodo de segunda vuelta a la vida, pero en edad consciente y dotado el individuo del estimable don de la apreciación.

El Tepl, sin ser ancho, es caudaloso, y baja rumorando y saltando con singular precipitación. En los días lluviosos se hace tan temible, que ha sido menester levantarle a entrambas orillas sendos muros de granito, para contrarrestar las averías de sus frecuentes inundaciones. El caserío que se extiende a sus márgenes tiende siempre a levantarse a las faldas de las montañas. Sus casas apenas sobrepasan de mil y son más conocidas

por sus nombres que por los de sus calles en que están ubicadas y la numeración establecida por la costumbre.

También los nombres que distinguen las casas son inspiración poética de la naturaleza, del arte en sus expresiones más bellas. Rótulos de habitación hay de esta guisa: "Las tres alondras", "La estrella roja", "El águila dorada", "El pelícano", desbordándose la fantasía de los propietarios hasta el extremo, al bautizar sus viviendas. Casa he visto llamada "Venus" ante cuya puerta los hombres se sonreían y las mujeres se pasaban de largo, fingiendo no haber leído el insinuante y dorado cartelón.

El encanto del panorama es poderoso y atractivo, pero se hace mayor cuando se encuentran huellas de los ingenios peregrinos que han hallado vigor y paz, en aquellos bosques perfumados, al amoroso connubio de los órganos de la tierra y el cielo. En todas partes dejaron los poetas sus tiernas canciones, la expresión de profundos pensamientos y las del pecho dolorido, el hurra de júbilo, el poema de amor. Estrofas hay talladas en la roca viva, en el tronco arrugado por la edad. De las ramas de los abetos cuelgan canciones que el pincel quiso perpetuar, ya medio borradas, donde los pájaros se posan inconscientes de tanta inspiración, como suelen los ignorantes transitar sobre las vetas auríferas, sin sospechar las riquezas que encierran. Todas las lenguas han servido a las musas en Karlsbad. Hay versos en latín, en alemán, en ruso, en polaco, en húngaro.

¡Ah, los poetas! Pobres vagabundos. Pasan la pena negra para allegarse un pedazo de pan, y, sin embargo, enriquecen con su inspiración a tantos estultos. Providencia han sido para hosteleros y fondistas, quienes se quedarían dormidos a la recitación de una estrofa de aquéllos cuyos nombres explotan, como filón, para hacerse de parroquianos.

La casa del Dante en Florencia, la que en París habitó Víctor Hugo, las ruinas de la villa de Catulo, en el lago de Guardia; la vivienda romana donde Shelley escribió su *Beatrice Cenci*; la rústica cabaña, en Lokwitz, que escuchó a Schiller departir con las nueve hermanas, son más productivas que la región hullera del Rhin y las ruinas de Klondike. ¡Y los ingratos ferrocarrileros los ignoran! ¡Los indiferentes intendentes, los remeros rutinarios, los avaros dueños de hoteles, los orgullosos *cordon bleu* de restaurante ni siquiera lo sospechan!

Centro importante de Karlsbad es la plaza de Goethe, en la cual hay un busto del egregio poeta alemán, de quien se dice que catorce veranos consecutivos pasó de solaz en el balneario saludable. A partir de dicha plaza empieza una calzada que lleva el nombre del mismo bardo, la que constituye la arteria principal de la pequeña ciudad. Por ella transitan los más conspicuos personajes de la realeza y la nobleza del mundo, a quienes la miseria del cuerpo empuja hacia las aguas milagrosas. Los pinzones, nada tímidos, circulan dando desgarbados brinquitos entre los pies de los transeúntes. Van en

busca de migajas de pan, en tanto que los mirlos cantan posados en la cabeza de piedra del autor del *Fausto*, y las alondras vuelan por lo alto rozando las nubes.

La historia atrae a las personas serias porque se supone que es el compendio de la verdad; pero el vulgo no abunda en buen criterio; desdeña las aserciones que se le dan peladas y mondas y se aferra, con todo su ser, a aquéllas no siempre claras evidencias revestidas de luz por la fantasía. La leyenda, como madre de la historia, tiene mayor autoridad.

El investigador serio que cartapacio en mano se detenga en el pintoresco balneario moderno no hallará documentos que le informen del origen de Karlsbad, sino de muy reciente fecha. La leyenda, en cambio, le saldrá al encuentro fluyendo de todos los labios o perpetuada en piedra en una roca de granito. Y no es higiénico ni útil encerrarse en la biblioteca a hojear infolios polvorosos cuyos datos escasos no aclaran ninguna duda, pues contradicen descaradamente los unos a los otros, el común de los peregrinos rehúsa acometer la ímproba tarea. Gusta, además, de explicarlo todo a expensas de la imaginación y, en ese mundo aparte en que se encierra con el propio pensamiento, sin miedo de perderse en dédalos ni confusiones, pronto halla colmados sus deseos de saber. Bástele emprender ociosas giras por los alrededores de Karlsbad. Para dar con el clavo del origen de aquel sitio encantador. El suceso

maravilloso que registra, en la memoria, el pueblo, se levanta esculpido en lo alto de una mole milenaria.

Pobre del forastero cuyas fuerzas agotadas no le permiten ascender hasta donde se encuentra el Hirschenspring (Salto del Ciervo). Soñará en esa caminata durante toda la cura, y a medida que vaya recobrando la salud, irá probando su vigor nuevo, en excursiones cada día más dilatadas, hasta realizar la visita al monumento legendario.

Cuenta la tradición que allá por el segundo tercio del siglo XIV, yendo de caza el rey Carlos IV de Bohemia, camino de Elbogen acompañado de numeroso séquito, atisbo un hermoso ciervo y metióle puntería en el instante. El ciervo era por entonces la pieza más noble de caza que se conocía, y por lo consiguiente más estimada y codiciada. Advertido por el propio instinto, el animal, del riesgo que le amenazaba, huyó precipitado entre riscos, desapareciendo de la vista de sus perseguidores. Acosado por la jauría, siguió por algún tiempo despavorido a salto de mata, ya trepando por las calvas peñas de porfiro, ya escabullendo y agazapándose entre agrios matorrales. Sus encarnizados verdugos azuzaban a los perros en contra de la tímida bestia, la cual, creyendo ponerse a salvo, se arrojó en un desfiladero de la montaña.

Empezaban los cazadores a sentirse corridos por el chasco, cuando el destino adverso al pobre animal, fijó para siempre su triste suerte. El rey y sus nobles lo perdieron de vista, pero escucharon al mismo tiempo

lamentos y gemidos que les movieron a piedad. Llegada la partida de cazadores hacia donde los gemidos se dejaban oír, hallaron que aquellos se unían, reforzando el triste concierto, los aullidos de los galgos que rastreaban al doliente animal. ¡Y qué cosa vieron! Sobrecogidos de estupor, presenciaron cómo en la quiebra de la barranca, el ciervo, revolviéndose de dolor, luchaba desesperadamente pugnando por salir de un charco de agua, al parecer hirviendo, que por fin se lo tragó, desapareciendo el animal de la vista de sus verdugos, sin que quedara rastro de él.

Consternados se alejaron de aquel sitio los cazadores, como si ellos hubieran perseguido tenazmente al animal para salvarlo y asegurarle la subsistencia, en vez de para sacrificar su vida al inhumano placer de la caza.

Ascendiendo por la escabrosa montaña, nuevamente volvió la partida a quedar asombrada, al dar sus ojos con un manantial de agua burbujeante que susurraba al elevarse a tres metros de altura, envolviéndose en vapor blanco e intenso que alcanzaba a cubrir, formando nubes, a los absortos espectadores. Este incidente determinó la suerte de Karlsbad.

De abrupto y escondido se convirtió aquel paraje agreste en sitio poblado y traído, a fuerza de piqueta y rastrillo, a floreciente civilización. El rey se hizo fabricar cerca del manantial una casa de baños, la cual dio el nombre que lleva el famoso balneario Karlsbad: "baño de Carlos". Allí encontró el monarca bohemio alivio a

sus dolencias, estableciéndose de una vez la reputación de aquellas aguas milagrosas.

III. Karlsbad económico

Al descubrir las propiedades curativas del manantial hirviente, primero por aplicarse las aguas con mayor frecuencia y ahorro de las molestias que causan los viajes largos, mayormente si se carece de vehículo u otros medios de transporte que reúnan las ventajas de rapidez y comodidad, la gente fue acomodándose en Karlsbad. Más tarde en vista de la afluencia de enfermos que acudían en peregrinaciones cada año más crecientes, deseando sacar provecho de los pacientes, varias familias se establecieron definitivamente en el lugar, para dedicar su tiempo y labor al servicio de casas de huéspedes.

Al principio se conformaron con pequeñas sumas: lo suficiente a subvenir a sus más urgentes necesidades. Además tuvieron más en cuenta el honor de albergar en sus viviendas a personas de calidad, que a provechos efectivos de lucro. Pero andando el tiempo, la ambición desplegó sus banderas: comenzaron los abusos. Los capitalistas que se asocian para acapararlo todo, y venderían a pulgadas el aire, la luz, la lluvia, si hallasen modo de encerrar el sol en sus cajas fuertes, fueron introduciéndose en el lugar, con el objeto de explotar sus elementos. Unos se establecieron emprendiendo nego-

cios por sí solos; otros organizándose en compañías. No pudiendo vender las aguas a quienes en su busca habían acudido al manantial, inventaron envasarlas para su exportación. Éste fue un impulso trascendental en el comercio; y el del comercio lo fue, naturalmente, en el progreso de la naciente ciudad.

Siendo en los primeros tiempos de la fama de Karlsbad, personajes de muchísimas campanillas, esta circunstancia se tuvo presente en la construcción de las casas, haciéndolas amplias y con buenas vistas, de modo que agradaran a los distinguidos huéspedes que regularmente las habitan, porque una vez que un noble paciente pasaba en el balneario una temporada, volvía periódicamente a disfrutar del mismo solaz. Así, a medida que el caserío aumentaba, los edificios fueron siendo más altos, más grandes, más elegantes y con mayor comodidad. Actualmente hay casas de cuatro, cinco y seis pisos, que pueden contener desde cincuenta personas con holgura. Son hechas de granito en que abunda la región bohemia, con innumerables ventanas y balcones que dan entrada al sol y al aire embalsamado de los lugares.

Pocos ascensores hay todavía, pero bien echa de ver que, a medida que Karlsbad se desmoraliza y se hace cosmopolita, todas las mejoras de la civilización del siglo van tomando allí puesto. Ya están como en su casa la luz eléctrica, los medios de transporte, de comunicación y de información. Durante la temporada, el servicio de correos es más activo y frecuente; el de

telégrafos y teléfonos tan bien atendido como en cualquier gran ciudad. Hay gabinetes de lecturas, cuyo abono mensual es muy módico y biblioteca y archivo de la ciudad en los que no es cosa del otro mundo tener acceso. En cuanto al comercio, todo cuanto una persona, por acomodada que sea, puede necesitar durante su corta estancia, lo encuentra en Karlsbad. El comerciante cobra bien, es cierto, pero sirve de lo bueno y es en extremo agradable y solícito.

Apenas llega una partida de forasteros a Karlsbad, lo cual acontece cuatro o cinco veces al día por los diferentes ferrocarriles que concurren en la ciudad, sus nombres son recogidos del registro de los hoteles y casas de hospedaje, son publicados en una hoja llamada Kurlist que saca a la luz el municipio y hace distribuir entre los habitantes del lugar que se dedican de un modo u otro a negocios. En dicha lista se dice cuál es la nacionalidad del recién llegado, dónde se hospeda y qué personas de familia y servidumbre lo acompañan. Esto es como sonar el cuerno de caza, indicando que hay pieza en el contorno y conviene azuzar a los galgos. Antes de que el paciente salga de su estancia a la mañana siguiente, a orientarse por la ciudad, recibe tal cantidad de cartas que en la vida soñó, quedándose maravillado. Su sorpresa aumenta cuando abre los sobres y ve que en las circulares del comercio que dentro de ellas le han sido dirigidas, se le dan títulos muy pomposos y se le invita a visitar distintamente varias tiendas, en

términos tan corteses, como si los suscritos demandaran su protección, antes de que el apresuramiento a surtirse de lo que les hiciera falta. Todavía tienen más de qué asombrarse, cuando repasando las circulares, cada uno observa que las mercancías que se le ofrecen son precisamente aquéllas que, por estar de acuerdo con sus inclinaciones o su ocupación habitual, pudieran hacerle falta. ¡Qué tacto tan exquisito el del comerciante, qué observación tan delicada! El médico, el abogado, el ingeniero, el diplomático, el propietario, todos reciben catálogo y precios de los libros, instrumentos y demás objetos que atañen a sus ocupaciones habituales; pero no es eso todo, reciben la circular atenta del sastre, del sombrerero, del zapatero, del hombre que desea surtirlos de ropa interior, corbatas y pañuelos. ¿Quieren bastón, paraguas, impermeable, zapatos de hule? Pues derechito a casas donde tales artículos se venden. ¿Han menester hacer reparar o limpiar alguna prenda de su indumentaria? Pues sin pérdida de tiempo a la calle tal y la casa cual, cuyo anuncio tiene a la vista.

Se sabe uno, antes de las veinticuatro horas de llegada, dónde satisfacer las necesidades todas del cuerpo y del espíritu. La casa de baños, la botica, el laboratorio químico están situados aquí y allí y valen tanto más cuanto; el restaurante donde se prepara la alimentación especial para esta o la otra enfermedad, se abre y cierra a tal hora; el club atlético recibe visitas o admite socios

cómo y con qué condiciones, todo, todo lo antecedente sin preguntarlo.

Las mujeres son solicitadas por las modistas y costureras, comerciantes en encajes y ropa interior bordada en la que Bohemia es una especialidad, peluqueros y manicuros. Les llueven anuncios de esencias, menjurjes con que adobarse y pintarse la cara, específicos con que teñirse el cabello de todos colores, para desarrugarse la cara, agrandar el cuello y desarrollar el busto.

Viene luego una andanada de información acerca de lo superfluo, lo cual es tan particularmente bonito y atrae con fuerza tal, que llega a convertirse para muchos en necesario. Quiero referirme a las joyas, a la cristalería famosa del país, a las piezas de talla en madera y en marfil. Lo ópalos de Hungría, con sus contrastes de azul y rojo, anillos y brazaletes, tientan a las damas que ya se han surtido de artísticas alhajas. En los escaparates se ponen a la vista las joyas, y cuando se las contempla, la suma de miles de coronas, en que están valuadas, no parecen tan alto como cuando se lee, sin acompañarla la hoja, en las listas de precios.

El comercio de Karlsbad se divide en dos clases: fijo y temporal. El fijo es insignificante y comprende sólo aquellos artículos de primera necesidad para los vecinos de los balnearios, que nacen y mueren en él sin trasmontar sus moles arrogantes. Es surtido y variado lo bastante a contentar los deseos de un modesto pasar. El otro es movible, el que en sus vitrinas presenta los instrumen-

tos del pecado sobre tapices de felpa flamante de vivos colores, se comprende de grandes casas de comercio en París, Berlín y Viena, montadas a todo lujo. Ganan durante la estación un dineral, y al terminar ésta, dejan bajar sus pesados telones de zinc acanalado, sobre puertas y escaparates, y, cuando la nieve invernal cae gruesa y silenciosa, las convierte en callados y blancos sepulcros, donde duerme la codicia desmedida y la ambición.

Bien saben los comerciantes de quiénes viven, así no es raro que su cortesía exceda a toda ponderación. Nota uno al salir a la calle que multitud de desconocidos le sonríen, se descubren la cabeza, se inclinan para saludarle y le dan tratamiento que nunca pretendió tener. "Beso a usted la mano", por aquí; "beso a usted la mano", por allá. La gente pobre, en efecto no se lo dice, sino que la besa.

Tiene no sé qué de agradable la finura con que en Karlsbad le sacan a uno hasta el último centavo, sin que deje escozor. Vive el pueblo del forastero, pero lo tratan con caridad y sin ponerle la soga al cuello. Si no dependiera su existencia de la cuestión económica, tal vez le darían, con sinceridad, lo que ahora le venden dorado, plateado y enflorado.

IV. Karlsbad social

En la primera época de vida activa, Karlsbad, como sitio sacado a la fama por un rey, se hizo exclusivamente

aristocrático. El ejemplo de Carlos IV fue seguido por otros monarcas, quienes a curarse de verdaderas o imaginarias aflicciones, o a curarse en salud, acudían anualmente atrayendo a la nobleza y a la aristocracia de los países comarcanos.

Los reyes de Bohemia, sucesores del que dio su nombre a Karlsbad, continuaron la obra de su antecesor, desarrollando los elementos naturales del balneario hasta convertirlo en asiento de lo más granado de la sociedad pudiente que puede comprar con dinero la salud, el bienestar, la alegría y todo aquello que los pobres sólo alcanzan en sueño. El calor exagerado que experimenta en la mayor parte de las ciudades europeas, en donde el aire se hace pesado por la humedad, y el bochorno amodorra y agota aun a los que se precian de vigorosos, empuja a la gente en éxodo hacia los parajes de las montañas, y a la orilla de los lagos y del mar; pero los poderosos de la tierra buscando a retirarse en compañía de sus iguales, apartándose del común del pueblo encontraron en Karlsbad el sitio anhelado. Siendo los medios de comunicación escasos y en extremo costosos, tuvieron los ricos personajes de campanilla salvaguardia en sus bolsillos repletos, contra la invasión democrática. Que en Karlsbad se encerraba una panacea contra muchas dolencias, que en Karlsbad se vigorizaban muchos organismos agotados que no debían renunciar todavía a los goces de vivir sanos, pues que lo

fuera. Allá a los potentados que tienen al alcance de los dedos todos los bienes del cielo y de la tierra.

Sucesivamente fueron reuniendo allí sus cortes, además de los reyes polacos, los electores de Sajonia Augusto I y Augusto II; el archiduque Fernando de Austria, Federico el Grande de Prusia; Pedro el Grande de Rusia, Fernando I de Austria. Las emperatrices de Austria Elizabeth Cristina y su hija la gran María Teresa; María Luisa la consorte del gran Napoleón, la duquesa Dorotea de Rusia o innumerables más. De los monarcas de estos días, la nobleza que les forma corte, no han faltado el emperador Guillermo de Prusia, primer káiser del imperio alemán, el actual de Austria Francisco José, el rey Othón de Grecia, el último rey de Holanda y el regente de Baviera. El recuerdo de la infortunada emperatriz Elizabeth, esposa de Francisco José, asesinada en Ginebra por feroces anarquistas todavía es frecuentemente guardado en Karlsbad. Bien se ve que la protección real cayó como un baño de gracia sobre el balneario, asegurando su suerte por algunos siglos.

Si la nobleza de la sangre busca a formar lo que diríamos, rancho aparte, no se contenta sin pasársela sin las galas del arte y del talento, de modo que solicita directa e indirectamente a los ingenios circunstantes para gozar en sus primas en sazón, habiendo tolerado magnánimamente que de las primicias de aquellos se regocijara el pueblo. Así fue como la aristocracia y la nobleza tuvieron como suyos, en épocas sucesivas, al

dulce Schiller, al gran pensador Goethe, al cantor de la libertad Teodoro Korner. Compositores musicales de igual categoría frecuentaron el famoso paraje hallando en el reposo y vigorosa inspiración. Entre ellos se encuentran Beethoven y Liszt.

Las tendencias humanitarias y fraternales que hemos alcanzado, merced a los descubrimientos científicos y los adelantos de la civilización universal, han desleído, en Karlsbad, su exclusivismo aristocrático en una corriente sana de cosmopolitismo y democracia. Pensando las compañías ferrocarrileras que no podían sacar las pingües rentas de que su ambición está ávida, regulando los precios del pasaje de modo que estén al alcance del de medio pasar y el proletariado, llevaron al real sitio una numerosa concurrencia que no anhelaba a recrearse con entretenimientos de sociedad, sino la salud, la energía vivificadora. Esto determinó una transformación completa en el balneario

Primeramente, sucedió que faltasen alojamientos adecuados a los de no boyantes recursos; fondas a precios módicos tampoco las había, pero bien pronto el escaso vecindario atendió a remediar estas necesidades y estableció, para de una vez en Karlsbad, los cimientos de una nueva era. Quizá es el único lugar en Europa donde las cosas se funden en el crisol de la misma física y la aflicción. El aldeano, el jornalero, el comerciante, el servidor del gobierno, el soldado raso, el brigadier, el sacerdote de cualquier culto, el noble, el plebeyo, el

millonario, el rey, sean todos ellos de cualquier valor, son registrados en el libro de inscripciones de la ciudad con el nombre de pacientes. Ante el dolor humano y la efímera salud que además es veleidosa, caprichosa y romántica, desaparecen todos los títulos. La misma lista que publicó la llegada de dos generales, dos príncipes, cinco condes, cuatro duques, tres barones con sus respectivas princesas, condesas y duquesas, quienes además servían en sus países altísimos cargos de consejeros reales, embajadores, ministros de Estado y chambelanes, dio a luz mi insignificante nombre de modesta maestra de escuela.

Y puedo asegurar que el nobilísimo general Imhoff Pascha, ayuda de campo del sultán de Constantinopla, con sus ojos turbios por la ictericia, parecía poquita cosa que yo.

Sea dicho sin caer en las artificiosas seducciones del amor propio.

V. Karlsbad administrativo

La boleta que hay que suscribir inmediatamente a la toma de posesión del alojamiento, contiene varias columnas cuyos encabezados es menester observar con los ojos muy abiertos. Conviene pensar bien diez minutos antes de tomar la pluma para llenar los blan-

cos, pues la casquivaneria más inocente suele acarrear amargos sinsabores a los casquivanos.

Sucede generalmente que las personas que han hecho largo y costoso viaje a Karlsbad, para sacudirse de mal rebelde que ya les ha costado en casa una fortuna en médico y botica, aunque vengan agotados y canijos no han soltado la vanidad, no han aprendido a dominar sus pequeñas pasiones y ruindades. Aquí lo pagan bien. Cuando se les pide nombres, procedencia y profesión, se echan encima todos los títulos a los que es acreedor y los que debería tener. Qué raro es encontrar en la Kurlist un nombre, aparejando una profesión modesta. Como ya se sabe que en América no hay condes, ni marqueses, ni príncipes, ni siquiera para servir a Dios, el que es médico se añade miembro de tal corporación científica, director general de tal o cual hospital; el abogado pertenece siempre a algún tribunal supremo; el militar es siempre alto grado, cuando no brigadier de tomo y lomo.

Los que no pueden vanagloriarse de aquellos títulos, se dan tono de rentistas, hacendados, individuos de grandes compañías, banqueros, miembros de la diplomacia. Lo pagarán, lo pagarán caro.

La boleta suscrita es enviada por el administrador del hotel directamente al municipio, y éste tomando como base la categoría social que cada uno declara ser la suya, fija la contribución personal, obligatoria a todo el que permanezca en Karlsbad más de siete días. Dicha contribución comprende tres clases: la de la primera es

de veinte coronas, de doce la segunda y de ocho la de tercera. Claro es que a ningún señorón me le impondrán la cuota de segunda o tercer clase, y en la misma proporción le cobrarán todo lo que se haga servir extra en fondas y hoteles, lo mismo que todos los artículos de necesidad o de lujo que compre en el comercio. Igualmente le será fijada la cantidad con que está obligado a contribuir para el sostenimiento de orquestas y bandas de la ciudad, a que se refiere la tarifa siguiente: durante la estación, primera clase, de 10 a 34 coronas; segunda de 10 a 16; tercera de 4 a 13. Por niños y criados a medias pagas o cuotas especiales. Los pobres de solemnidad que presenten certificados de penuria y se acojan a los hospitales de caridad están exceptuados de toda gabela.

Es santo y justo que el ayuntamiento de Karlsbad saque el grueso de sus fondos de los forasteros, especialmente de aquellos hinchados de vanidad y fanfarrones, puesto que no sólo les ofrece sus aguas salutíferas, y les permite su estancia en aquel paraje pintoresco de brisas embalsamadas, sino que merced a sabia y honrada administración, los pacientes disfrutan de muchas comodidades y están garantizados contra los abusos que en muchas partes del mundo, excepto que en el popular a la vez que aristocrático balneario, suelen cometerse contra los extranjeros.

Mira este bendito municipio por el bienestar de sus huéspedes, como padre amoroso. Atiende a la salud de los cuerpos sin descuidar el espíritu apocado por la

aflicción corporal. Quitando a la curación lo que tiene de ingrato y repulsivo, renacen más rápido el vigor y la alegría, y teniéndolo en cuenta ha hecho el ayuntamiento, del balneario, un pequeño paraíso. Al lado de cada uno de los trece manantiales hasta ahora descubiertos, cuando no levanta una artística galería, planta un hermoso jardín. Las galerías principales, que por encerrar dos manantiales de agua hirviendo, uno de los cuales, al que se refiere la leyenda del ciervo, y la otra por avecindar a una de las fuentes más frecuentadas, tienen sendas tribunas, donde las mejores orquestas de la ciudad amenizan diariamente las amargas horas de la toma de agua. Una de las galerías es abierta de ciento treinta y dos metros de largo por trece metros de ancho, dividida por ciento veinticuatro elegantes columnas, la obra está cerrada por cristales y decorada con macetas siempre en flor, pues apenas acaban de abrir los últimos capullos, son retirados de sus sitios y sustituidas con otras frescas y lozanas.

Por disposición de la municipalidad, se han abierto dos o tres calzadas y una infinidad de senderos y angostas avenidas que conducen del reducido ámbito de la ciudad a sus pintorescos alrededores. Suben como rampas por la montaña, corren como cañadas por las moles gigantescas, llevan todas hacia los olorosos bosques de pinos, madroños, alerces y abetos.

En las calles no hay un solo bache; en los jardines y parques ninguna hierba entremetida despoja de su savia a

las plantas esmeradamente cultivadas. De trecho en trecho hay, lo mismo en las calles de la ciudad que en las estrechas sendas de sus alrededores, bancas rústicas donde sentarse a recobrar las fuerzas gastadas en lejanas correrías.

Costea la municipalidad el servicio metereológico de gran utilidad para los extranjeros, quienes han menester de continuas advertencias en un lugar que les es extraño, para no aventurase a alejarse del centro, siendo como están de salud, en caso de repentinos cambios de clima. Por eso se encuentran a su servicio en los principales parajes públicos, termómetros y barómetros con que la recién nacida ciencia metereológica anuncia con apenas veinticuatro horas de anticipación, las veleidades de la temperatura.

La administración municipal es hábil y es justa. Por un lado favorece a los vecinos, y por otro a los forasteros. Da a unos el fijar el precio del hospedaje y alimentación en lo que estimen conveniente; pero vigila al mismo tiempo por que el propietario no abuse del inquilino y que ambos cumplan estrictamente con el contrato estipulado. No obstante éste, en caso de que el inquilino halle que las condiciones higiénicas de la habitación que ocupa dejan algo que desear, tiene el derecho de mudarse rompiendo con todo. Para oír quejas y hacer justicia, las autoridades de Karlsbad están listas en todo tiempo; los forasteros son recibidos en las oficinas de aquellos diariamente en horas fijadas exclusivamente para ellos.

Como se reconoce que de la calidad de los alimentos depende mayormente la salud, tanto los expendedores de artículos de primera necesidad, como los fondistas, son vigilados para evitar adulteraciones nocivas. A ningún precio se encuentra en Karlsbad leche bautizada, carne manida, pescado podrido y legumbre en fermentación. La vida es cara pero buena, cómoda y agradable, sin que el vicio, vestido de arlequín, sirva de aliciente a la concurrencia.

Sépanlo ustedes de una vez: el aura de prestigio que envuelve a Karlsbad es debida a la honradez y honorabilidad, a su rusticidad seria y potente. Regocija a las personas que se respetan encontrar un sitio que con ser concurrido y ameno es inapetecible para el disipado, repulsivo para el tahúr, árido para la mujerzuela de cabellos azafranados al tinte y ojeras agrandadas por el carbón. ¡Qué más quisieran San Sebastián, Biarritz, Ostende y Niza!

Lo que se ve al buen sol en las calles de Karlsbad, a la hora que el día rompe sus murallas de tinieblas, es una procesión de peregrinos, en cuyas frentes abatidas y ojos opacos, por la mísera dolencia, luce la esperanza. Cada uno lleva en sí, aunque telarañoso y recóndito, el escondrijo de vivir.

El aspecto general de esta multitud es uniforme. La decadencia física marca a todos como el hierro candente que señala a un ganado. Con la misma fiera satisfacción con que el soldado ostenta su arma defensiva, con

la humildad y contrición mismas con que el penitente empuña su cirio, llevan a ellos o en banderola pendiente de una correa o en la mano debilitada y trémula, el vaso de la salud. ¿Para cuántos es nada más inútil cáliz?, ¿para cuántos verdadera panacea? Nadie puede decirlo. A todos los ha conducido a Karlsbad idéntica tendencia: prolongar la vida. La existencia triste o amable, la vida trabajosa o desahogada se imponen en el individuo por cuanto tiene de animal noble y enérgico, mucho más que por la parte de apocamiento y pusilanimidad a que solemos llamar espíritu.

Cada quisque en su casa de alojamiento, llámese ésta suntuoso hotel o modesto albergue, puede vanagloriarse de ser todo lo príncipe o lo archiduque que quiera, todo lo sabio e ilustrado que se le antoje, todo lo distinguido en sociedad; a la hora de ingurgitarse las aguas salobres, no es sino uno de tantos. Colocado en la interminable fila, como si fuera a jugar a "San Miguelito" espera pacientemente su turno de acercarse al manantial que le corresponde por prescripción facultativa, para que las graciosas criaturas que el municipio pone a su servicio, le llenen la copa de amargura.

La espera no se siente larga ni pesada. Se avanza marcialmente hacia el manantial, marcando a compás. A veces es un paso doble, otras el grave minué, el vals netamente alemán, que significa, para los soñadores, la primera noción de las leyendas del Rhin y el Danubio

o la bullanguera y pecaminosa música de la zarzuela en boga, *La viuda alegre.*

Raro es el manantial que queda al ras del piso de las galerías por donde los pacientes se pasean; generalmente están muy bajos, y, para hacer un buen servicio, a la vez que rápido, dos escaleras convergentes en la fuente, abriéndose en forma de V terminal, al nivel de la colosal estancia. En ambos tramos hay estacionadas suficientes chiquillas, tan cerca una de otra, como se necesita para que, sin subir ni bajar, dejen correr los vasos de mano en mano. Por un extremo de la V, se entregan y por el otro se reciben, sin tener que aguardarlos ni un minuto, pues las chicas están tan amaestradas en su faena, que los vasos llegan llenos a sus dueños, en el momento que acaban de dar el corto trecho que representa la abertura de las dos escaleras.

El agua no se bebe de una vez, sino a traguitos. Cada vaso mide 210 gramos; y entre vaso y vaso se dejan transcurrir quince minutos, otro tanto de tiempo como el empleado en tragar el precioso y nunca bien ponderado líquido. Así, el que tiene que apurar tres vasos, en ayunas, ha menester de hora y media, justamente el tiempo que el paternal ayuntamiento le pone una orquesta que le haga más llevadero el sacrificio.

La aplicación de la cura de Karlsbad no puede ser empírica ni arbitraria. Pagaría con la vida, quien se aventurara a beber de aquí y de allá, a tantos vasos como quisiere. No importa que cada uno haya sido enviado al balnea-

rio por su médico de casa, trayendo consigo la etiología e historia de su dolencia. Es preciso que los facultativos de la localidad, quienes conocen los componentes de las aguas de cada manantial, y sus cualidades, aconsejen a cada enfermo el tratamiento especial que su caso requiere. Unos deben beber; otros bañarse, algunos ambas cosas. Por falta de médicos no queda, pues hay uno o dos en cada puerta, y forman todos larga lista que proporciona el municipio, donde consta el número de años de práctica de cada cual. Son ellos cosecheros afortunados.

Sobre la gustadura de las aguas hay opiniones. Exprésanse éstas con gestos de desagrado, con ademanes de repugnancia, con aire de resignación, con ansiedad incontrastable, dejándose entrever, en todo ello, como visión fascinadora, la esperanza del alivio. Además nadie ha emprendido el viaje hasta Karlsbad, sin haberse tragado antes la botica, y saben todos que aquellos que esperan beber guarapo, deben quedarse quietecitos, en su casa, a morirse dulcemente.

Si el comercio tiene lodo un plan de campaña contra el bolsillo de los pacientes, jamás llegan éstos a enterarse. Las cancamusas de los mercaderes son bien disimuladas en demostraciones de cortesía. Nadie, por advertido que sea, se desmandaría en sospechar de salteador al caballero que se le desgorra cien veces al día, o a la dama que se le inclina con respeto a toda hora, invitándole a visitar su tienda. Salen uno a uno, de los escaparates, lo mismo el tosco anáglifo, que el granate

almandino, el vaso de Bohemia y el ópalo húngaro que el crucifijo de celuloide imitando marfil.

Aconsejan los médicos, a sus enfermos, antes de inaugurar el tratamiento que traten de alejar de la mente todo recuerdo de aflicción. El anónimo alegre forma la parte principal de la receta, pues sin esta condición temporal, las aguas no surten efecto. De ahí que las facciones duras de nacimiento se tornan en ficticio conjunto de perfecciones: labios nunca plegados por la sonrisa se contraen con placidez. En los ojos apagados aparece un toque de alegría; y con la misma jovialidad presentada van los héticos y desganados a la grosura, que los glotones a la abstinencia. La vida, con sus encantos, está en la meta, abriendo sus amorosos brazos.

En cumplimiento de la prescripción facultativa, nadie se afana, los cuidados y contrariedades de que ninguno está ralo, quedan voluntariamente aplazados para ser de nuevo tomados a cuestas, después de la cura.

No hay un "hurry up" sino un "dolce far niente" encantador que convida a la inmortalidad. Música por la mañana y música por la tarde y noche, un rincón de gloria en contacto con la naturaleza, gobernando a cada quien que la buena voluntad y el deseo del recobro, ¿para qué es más?

Karlsbad no tiene horizontes. Está cerrado por crestas nevadas, en invierno, o cubierta por bosques olorosos en la cálida estación. Arriba, un pedazo de cielo, a todos lados, avenidas sombreadas, parques y jardines. Bancas

donde descansar de no haber hecho nada, las hay por todas partes, y mesas donde se sirven colaciones, refrescos y meriendas; en las calles, en las rampas que conducen a la montaña. Los cafés y merenderos no tienen guarismo y dan conciertos diariamente. En los principales establecimientos hay los periódicos más populares en el mundo, en casi todas las lenguas. Un mozo circula constantemente, ofreciendo a los parroquianos el periódico que deseen; curándose así un poco de la murria y la nostalgia los aferrados tercamente a la tierra natal.

Los mozos de fondas y cafés visten todos los días y a toda hora el uniforme de frac y chaleco escotado, cual si estuviesen de servicio en una gran capital. Las meseras también están uniformadas y peinadas por el peluquero. A no ser por el delantal y la cofia, muchas por lo guapas, y apuestas, podrían pasar por señoras.

En Karlsbad, si el tiempo lo permite, se sirve la mesa en la calle o en el jardín. Ya se sabe que Europa come fuera de puertas todo el verano. Los tallarines o las pechugas de ángel de los hogares no son nunca cosa de esconderse en misterio y cada cual puede llevar la cuenta a su vecino, de lo que le cuesta la pitanza.

Como es costumbre hacerlo en las plazas, en los cafés también las mujeres aburridas de su mucha curiosidad se ocupan ahora en las labores manuales mientras disfrutan de la música, o del susurro que levanta la charla social.

Como el aseo de la dudad es extremado, no se levanta polvo por ninguna parte, y así, en las galerías

como en los sitios del municipio, éste ha hecho fijar carteles prohibiendo a todo el mundo escupir, y a las mujeres usar vestidos que toquen el suelo.

¿Son las aguas o es la higiene de Karlsbad y su ambiente de paz y alegría, lo que curan? Yo no podría decirlo. Pero donde no se ve ni se sabe que existan una ruleta ni una partida; donde las mujerzuelas no aparecen; donde se madruga por sistema y no se trasnocha; donde no hay polvo ni hediondez, ni cloacas abiertas, ni baches con lodo podrido; donde la gente refrena sus pasiones, hace saludable ejercicio, bebe agua pura de preferencia al alcohol y se alimenta de manjares sanos y cada uno los que a su mal conviene, no será una falacia la virtud del manantial. ¿Serían la vida honrada y metódica y el espíritu libre de cuidados la verdadera panacea?

El teatro sin coplas ni bailables deshonestos, cuya función empieza a las seis y termina a las nueve de la noche; el baño diario, la imaginación puesta en los pájaros que cantan, en las flores que perfuman, en las ramas que abanican y refrescan, en el río que corre murmurando, ¿no serán parte de la receta? Yo bien lo creo.

Hay en Karlsbad algo digno de observación, y es que, no obstante lo animado y activo del comercio, si se encuentran en los escaparates modas y joyas y mil artículos superfluos en un hogar modesto que tienten la vanidad, no se encuentra nada que insinúe relajación o estrago de costumbres.

Cloto, Láquesis y Átropos, las terribles hermanas y muy señoras nuestras, cuando hacen sus correrías en Karlsbad, lo hacen de incógnito y a la chita callando. Nadie habla por ahí de panteones; ni se encuentran anuncios de funerales que exhiban ataúdes. No se ven coronas y cruces en las florerías, ni en mármol ni en granito, hay a la vista monumentos fúnebres. ¿Qué nadie se muere en Karlsbad? A lo menos los extranjeros que acuden en busca de salud, salen de allí con ella o sin ella, pero con el resuello incólume. Es de creerse que cuando alguno está de remate, el prudente médico de cabecera se apresure a empaquetarlo para lejos tierras, a fin de no descoronar el Karlsbad de visionario. ¡Sitio encantador y único en la tierra donde ni se escucha el clamor de las campanas, ni el gori gori de los monaguillos! Se prohíbe a la señora muerte apersonarse por ahí.

Y a la luz del buen sol, y al caprichoso gorjeo de los mirlos, por las elegantes galerías de columnas, o por las avenidas sombreadas, desfila una procesión cosmopolita de afligidos e inválidos. Las adiposas se pandean fofas de grosez. Los enfermos por la hidropesía miran con lástima a los reumáticos que se arrastran penosamente apoyados en bastones y muletas o son conducidos en sillas rodaderas. Éstos, a su vez, compadecen a los obesos.

Corren todos en pos del mismo ideal: la salud, la coqueta que deja entrever los encantos y se esquiva. Pero cuando al cabo de dos semanas empieza a notarse pali-

decer el amarillo cera de las caras teñidas por la ictericia, dejar las manías los golosos y tornarse esbeltos y gráciles los que ya se derretían de manteca, las esperanzas de sanar crecen y el júbilo se asoma en todas las miradas.

Si un paciente muy agotado desapareció para ir a dar las boqueadas en otro sitio, ¿quién en medio de aquella confusión lo echa de ver? Los que se quedan son los que mejoran. Entonces se empiezan a conocer unos con otros, a tratar y cambiarse parabienes y placeres por el recobro. Éstos dan crédito de maravillosos a los manantiales, mientras que los médicos, sacerdotes de la naturaleza, administran a los creyentes o a los ilusos, los tesoros de sal, agua, aire puro, con que los regala en Karlsbad aquella madre amorosa.

Falacias de la higiene

No cabe duda que en nuestra época de suficiencia científica, lo que nos atrae a los míseros mortales es la conservación de la salud. Suelen ahora propagarse los principios higiénicos en todo y bajo cualquier forma; y lo que es mejor todavía, es el desarrollo incesante de las tendencias a vivir sano, ya que se ha de vivir, entre los individuos de la especie humana.

Pero ya no se busca estar frescote y coloradote como signo de salud; sábese igualmente que la corpulencia exagerada no es sino una envoltura grasosa que entorpece las funciones del organismo humano y lo que se desea son fuerza muscular y sana alegría en vez de manteca.

A satisfacer el justo anhelo del hombre, acudieron los sabios con sus códigos sanitarios, como resultado de mil observaciones y descubrimientos; y al lado de éstos, los traficantes de todo lo explotable, con sus sanatorios, balnearios y casas de salud. Si los llamáramos peladeros, no cometeríamos ninguna demasía. Por comenzar con algunos de estos establecimientos clasificados, tomemos uno donde se da a los enfermos baños de aire y de sol.

Figúrese usted, lector querido, que cuando su médico de cabecera se ha convencido que es usted un tonto enjalmable, a quien le gusta tirar su dinero en novedades, sobre todo si son exóticas, me le manda tomar baños de

sol. Usted comunica a sus amistades el suceso deseando que se mueran de envidia; luego lía el petate y se embarca para Europa muy campante, provisto de la indispensable carta de crédito. Allí comienzan las desdichas de usted.

Ha dado usted un salto; digo mal, muchos saltos, más molestos que mortales, a bordo del trasatlántico, y harto de mar y cielo y de bellezas celestes y marinas, va usted a caer en el sanatorio solicitado, donde lo va a poner el sol como nuevo.

Al parecer el sanatorio es un hotel de primera clase, pues la gallardía del edificio, el mueblaje elegantísimo del salón de recibo y la magnificencia de los jardines y bosques que limitan la vista hacia todos lados, no hacen creer otra cosa. Se registra usted en el libro de entradas, anticipando un mes de pensión, y media hora después se siente usted como si se hubiera enganchado en el ejército. Peor que recluta, amigo lector, peor que recluta.

Notará usted a poco que los cuartos y demás estancias del sanatorio, amueblados con sencillez y sobriedad, salvo por el aseo, no corresponden al decoro del salón. Notará usted así mismo que el comedor tiene un airecillo desconsolado de monasterio, advirtiendo quizá el paciente novel los ayunos que se le esperan. Pero usted ha cerrado los ojos al pesimismo y con todo el ardor y la buena fe de un catecúmeno que cree a todo creer en la madre ciencia y de ella espera el recobro de la salud, solicita ser examinado por el médico de la casa, cuanto más pronto mejor.

La consulta cuesta un pico serio. El doctor ha gastado en usted media hora, preguntándole más que el indiscreto padre Ripalda, acerca de sus antecedentes, de los de su papá y mamá de usted, de los de sus abuelos paternos y maternos, de los de toda su parentela y, por último, de los del patriarca Adán y su señora. Usted va respondiendo a todo, con los ojos bajos y las orejas como huachichil a todas las impertinentes cuestiones de la ciencia, hasta que las palabras se le atoran a usted en la garganta, como si fueran patatas machucadas. Entonces es cuando usted se percata de lo pecador abominable que ha sido, y cómo oye su sentencia después de almorzar ese día. ¡Ay!, el último almuerzo de la temporada, conviene en que es justo el tratamiento a que se le va a someter por vía de expiación. Oye su receta con serenidad estoica y se marcha a llorar de arrepentimiento a la alcoba que le han designado, ultrajándose, despreciándose y gritando con la voz de la conciencia: "Yo pecador, yo pecador..."

Digerida la última partícula de alimento, agitada la conciencia por la contrición y fortificado el organismo con las tres horas de reposo, se siente usted renacer a la vida honrada de toda persona decente; el estómago se escarba algo, cual si quisiera pedir una buena sopa, con la cual usted tiene deseos de contentarlo. Suena en esas el batintín que llama a la mesa, y usted acude al refectorio, puntual como un inglés. Pero ¡oh dolor!, esa hambre de colegial pupilo que usted siente, halla sólo para contentarse una colación en miércoles de semana santa.

Tres platos de legumbres aderezados con agua y sal y dos rebanadas de pan negro horneado la semana anterior. Agua pura y cristalina para saciar la sed, tendrá usted, en parajes donde la cerveza, casi desprovista de alcohol, y el buen vino, corren como ríos; y por cena y desayuno, una ración mínima de nueces y manzanas ralladas. Con esta moderada alimentación que le pone a usted envidiosa de la suerte de los jimios del jardín zoológico, quienes están hartos de golosinas a expensas del generoso público, me le mandan a usted al monte, y vagar por los agrestes alrededores, tres o cuatro horas diariamente. Advierta usted que le conviene asimilarse los manjares de aquel banquete y procurarse una buena digestión.

A la mañana siguiente, en ayunas, arrogante con la vestimenta sin pretensiones del padre Adán, es conducido al bosque vecino para tomar un baño de aire. Otros pacientes igualmente trajeados están allí para hacerle a usted compañía. De vuelta, le aplican a usted una ducha tras la cual en un jardín bien soleado, se tenderá usted a la bartola, desnudito, en un catre, donde con una cortinilla roja le sombrean a usted la cabeza. Esto se llama el baño de sol.

Horas van y horas vienen y usted gozando como San Lorenzo en la parrilla. Helios se complace con acariciar a usted con sus rayos de oro, y usted feliz y orgulloso de tal distinción. Usted no se ha dado cuenta de que está colocado con los pies hacia el sur, ni se le daría un bledo advertirlo; sudando todas las gotas gordas de su vida, apenas se da usted cuenta de que un individuo,

pertinaz como moscón, vigila a usted, le toma el pulso, le toca el corazón para observar sus latidos, y si lo cree conveniente le refresca a usted la piel con una ducha de agua caliente. Nada, que lo dejan a usted como nuevo.

Todavía hay más: el masaje. Afortunadamente su cuerpo de usted está desmadejado y su espíritu tan venido a menos, que las manos suaves y diestras del operador se le antojan a usted la manta en que zarandeaban a Sancho Panza. Y para alivio del alma y tónico del cuerpo, aguardan a usted tres manjares en el refectorio: espinacas, zanahorias y ensalada de lechuga.

En el curso del mes que dura el tratamiento, el médico del sanatorio no ha vuelto a reconocer a usted. Usted, creyendo que predicaría con el ejemplo le ha buscado en vano en el asoleadero, entre los que se airean en el bosque, y los que ayunan en el comedor. Usted siente por fin que en el sanatorio los meses tienen trescientos días en vez de treinta, y se decide a tomar una determinación. Tras de mucho quemarse las pestañas halla un medio de dar, si no término, a lo mucho paliativos al tratamiento poniéndolo en práctica al instante. A la hora del paseo de digestión, que está usted trajeado como persona decente, se aleja usted hasta el pueblo vecino, entra en una fonda y come y bebe a su sabor. Su médico lo sabe pero se hace el sueco, pues eso es parte de su terapéutica especial.

La neurastenia

íbamos siempre descendiendo. Seguíamos una espiral alrededor de la montaña, que debía terminar en un hermoso valle; y allá en lo hondo, tan hondo que producía vértigo, se distinguía el pueblo pintoresco, Maltrata, con su iglesia y su torre y su blanco caserío. En las afueras las labores, de trigo y de maíz, recortadas en caprichosas figuras, parecían el escarabajeo de una pizarra en que un chico hubiese ensayado sus conocimientos geométricos. Entre sementera y sementera, se extendían indefinidos por la distancia, los paralelos de la vía férrea, sobre los que serpenteaba un tren envuelto en humo, que pronto debía emprender la subida a las cumbres. Nos esperaban. A mí, como a la poetisa de Mitilene, nos atraían el abismo y la muerte. Era yo decididamente un neurópata.

A los veinticuatro años de edad no se asiste a una boda como a un entierro, con el corazón pellizcado y las nublazones de la melancolía, ennegreciendo la mente. Pues ése era mi estado habitual, mi modo de ser ordinario. La sangre ardiente de la juventud se me helaba al contacto del muerto que llevaba yo o sentía llevar dentro. Sin motivo se me llenaban los ojos de agua. Unas veces me atosigaba el dolor por las flores pisadas, por los animales sacrificados a la utilidad

común, por la materia inconsciente de su existir; las hermosas flores que ignoran lo grato de su perfume, las fúlgidas estrellas que no saben que brillan. Otras ocasiones se apoderaba de mi ser lo sombrío y me animaba espíritu destructor.

Era yo entonces el Maquiavelo de la naturaleza. A estar en mi mano apartaría el agua de la tierra, las plantas del sol y pondría en pugna entre sí los elementos químicos todos, para destruir las fuerzas de la vida. En esos días negros se enseñoreaban de mí pensamientos suicidas.

El del viaje a la hacienda era más bien uno de ésos en que la sensiblería malsana y ridícula se me acentuaba. Iba yo doliéndome de la suerte de las tuzas que servían de blanco a los ociosos conductores, para ejercitarse en el manejo de sus *revolvers*, desde la plataforma de los vagones, cuando el tren marchaba con la lentitud que pedían los pasos difíciles del camino, y me desgarraba el pecho el recuerdo de los gusanos de maguey que nos habían sido ofrecidos en varias estaciones.

Por largo tiempo, la tristeza me había comido viva, aumentándose más y más el apartamiento de mi familia. Apegado a los míos, acostumbrado a la existencia sencilla de un hogar de hacienda, no podía yo con el ajetreo de la capital, ni con la estrechez de sus habitaciones, la exageración de las fórmulas sociales, faltos de sinceridad, las pesquisas impertinentes que cada uno hace a sus vecinos. Relajados los lazos de familia por la prolongada ausencia, y la muerte de mi madre adoptiva, mi

espíritu pusilánime sentíase doblegado como el árbol corpulento cuyas raíces sufren el hachazo del leñador.

El camino se me alargaba. De los días que tienen para el impaciente cuarenta horas, aquél había sido el más tedioso. Aunque nos acercábamos ya al pueblo, yo no me daba cuenta: caserío, iglesia, sementeras, rieles, todo veía mi impaciencia distante como las nubes.

De pronto, la locomotora, saliendo del terreno accidentado, entró en el valle nuevamente. Paró. Al apearme del coche, noté brazos abiertos que a poco me estrechaban con efusión, arrancando a mis ojos, lágrimas. La sensiblería de la neurastenia me comprimía el corazón.

Mi padre adoptivo y mi hermano adoptivo también, pues ambos éramos huérfanos de padre y madre, extraños de sangre el uno al otro, que habíamos sido recogidos en un hogar desde muy pequeños, me agobiaron a preguntas, inquiriendo el estado de mi salud, los progresos de mis estudios, las relaciones sociales que había yo adquirido en México, en fin, mi vida entera. Querían saberlo todo. Su cariño hacia mí, pagado con creces por mí, los autorizaba a sujetarme a aquel ansioso interrogatorio.

La boda debía celebrarse al siguiente día. Mi hermano, mi compañero de infancia, el amigo único de que podía yo envanecerme, iba asociar su vida a una mujer virtuosa y rica, que era, además, hermosa. Mi padre, nuestro padre, para mejor decir, aprobaba aquella unión, y haría a la pareja un regalo que iba a causarnos sorpresa. Así lo había asegurado.

La víspera de llegada a la hacienda había sido la ceremonia civil, a la cual, un examen tardío me había privado de estar presente. A la religiosa, en la capilla de la hacienda, me preparaba yo a asistir con el recogimiento de un espíritu culto que las ideas modernas no han trastocado, ni desequilibrado, ni desquiciado.

El amor a los míos, la gratitud hacia el hombre generoso que había hecho de mi orfandad un derecho a la compasión y al cariño, y llevándome a su hogar me había amparado y sacado a hombre de provecho, llenaban mi corazón y me compensaban de las desabrideces que a menudo me hacían sentir el egoísmo y la crueldad humana.

El resto del día con su tarde y su noche, lo pasamos mi hermano y yo en sabrosa plática, haciendo y deshaciendo planes para lo porvenir. De todos ellos sacábamos invariablemente el estrechamiento de nuestras relaciones de familia. La quieta vida del hogar me atraía. Jamás me habían parecido en la ciudad las noches tan gratas como aquellas de la casa solariega, donde las veladas, alrededor de tosca mesa que ostentaba un quinqué de petróleo, mi padre, mi hermano y yo, se nos pasaban sin sentir, charlando de los asuntos del día o leyendo cada cual acerca del asunto a que sus inclinaciones le guiaban. El recuerdo de ese pasado todavía próximo me llenaba de emoción.

Después de la cena, mi padre anunció que iba a darnos la sorpresa que nos tenía preparada. Se trataba del regalo de boda de mi hermano. Sacó del bolsillo unos papeles muy garrapateados y mostrándolos, nos dijo:

—Aquí está, en números redondos, la cantidad que representan mis bienes; las dos haciendas, las fincas en el pueblo y el numerario en activo. Todo lo lego a Tiburcio como regalo de boda, imponiéndole la obligación de mantenerme hasta el último día de mi vida, y de proveer por ti con una mensualidad decente, hasta cinco años después de que hayas establecido bufete, Teodoro.

Al decir, dirigiéndose a mí, las últimas palabras, me estrechó la mano y agregó:

En manos de un letrado, las haciendas se vuelven sal y agua en poco tiempo. Necesitarías de administradores que te robarían todo, tú eres hombre de talento y tienes porvenir.

Poco más tarde mis almohadas recogieron las lágrimas que me causó el despecho. El odio latente me reventaba el corazón, pugnando por desbordarse, habiendo encontrado hacia mi padre y mi hermano el cauce apetecido, lo que yo había tenido por buenos sentimientos, piedad y amor, no eran por efectos de la neurastenia, del mal de la edad. Era el sentimentalismo de moda el que había anegado los ojos, en presencia del dolor y la injusticia humanos.

De regreso a la ciudad, di un puntapié al cariñoso perro que salía a despedirme hasta las puertas de la hacienda, de donde salí escapado como un bandido. Jamás me pareció tan insufrible la greguería de los jilgueros posados en los liquidámbares.

¡Oh!, ¡qué recuerdo tan pesaroso!

Crónicas
y cuentos
se terminó de editar en
abril de 2016 en las oficinas de la
Editorial Universitaria, José Bonifacio
Andrada 2679, Lomas de Guevara,
44657 Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Ángel Ortuño
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación